



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



De la serie *Evolución volátil*, 6/10, Sausi Rhi Lozano, Universidad La Salle

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Instantes del pasado israelí / Marco Antonio Campos	
CONCURSO 35 DE PUNTO DE PARTIDA	13
PRIMERA ENTREGA	
Los pasos del visitante (poesía) / Luis Paniagua Hernández	14
El suicida (cuento) / Rodrigo Martínez Martínez	21
Evolución volátil (fotografía) / Sausi Rhi Lozano	30
Gracy (fragmento de novela) / Edwin Alcántara Machuca	41
Real de Catorce, la urbe azul (crónica) / 53	
Roberto David Torres Hernández	
EL RESEÑARIO	
El mundo raro de Quim Monzó / Víctor Cabrera	62

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Hilda Rivera
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 125, mayo-junio 2004

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Santiago Igartúa Scherer
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración para este número: Taller coordinado
por Santiago Ortega
Fotografía de portada: De la serie *Evolución volátil*,
6/10, Sausi Rhi Lozano
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A de C.V.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

correo electrónico:

cestrada@correo.unam.mx

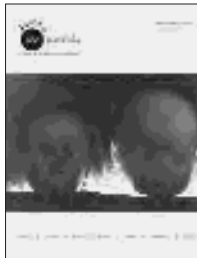
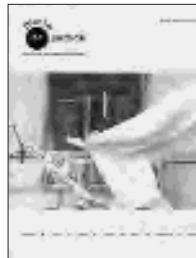
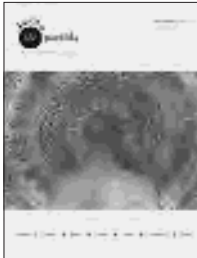
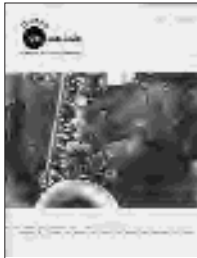
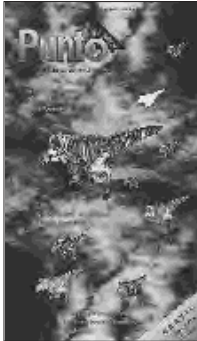
Punto de partida celebra en este número el resultado de nuestro Concurso 35: diez premios y diecinueve menciones, seleccionados entre más de seiscientos trabajos participantes.

Después de tres convocatorias y catorce números editados en esta sexta época de la revista, es tiempo de cosecha: la participación de estudiantes en el Concurso se ha incrementado notablemente, así como la recepción de colaboraciones, lo que da fe del interés de los universitarios en hacer suyo este espacio en tiempos por demás difíciles para las manifestaciones culturales. Además, algunos de los premiados y colaboradores en números recientes han seguido esta carrera ardua: unos han ganado certámenes literarios a nivel nacional, otros publican ya en suplementos culturales, y otros más ilustran profesionalmente las páginas de libros y revistas. El trabajo de todos ellos es testimonio vivo de que *Punto de partida* sigue fiel a su tradición: ha sido y es un canal de expresión de la creatividad universitaria, el punto de partida de carreras notables, el semillero de creadores cuyos nombres reconocemos entre los hacedores de nuestra literatura.

El número que hoy ve la luz presenta la primera entrega de ganadores en el Concurso 35: “Los pasos del visitante”, trabajo poético de sobria precisión, obra de Luis Paniagua; “El suicida”, relato de Rodrigo Martínez que se mueve con consistencia entre lo real y lo imaginario; “Evolución volátil”, propuesta fotográfica de extraordinarias coherencia y factura, de Sausi Rhi Lozano; “Gracy”, fragmento de novela de Edwin Alcántara, narrado con fluidez y cuidado estilo, y “Real de Catorce, la urbe azul”, crónica de Roberto Torres que recrea hábilmente el ambiente de un concierto de *blues*.

Incluimos también, en El Árbol Genealógico, “Instantes del pasado israelí”, dos pequeños relatos de Marco Antonio Campos, reconocido escritor que es parte de la historia de esta publicación: fue jefe de redacción de 1973 a 1980, con Eugenia Revueltas, y director de la misma de 1981 a 1988. Agradecemos su regreso a *Punto de partida*. Y en nuestra sección de reseñas, Víctor Cabrera presenta a un narrador sorprendente: el catalán Quim Monzó.

A manera de despedida, vayan nuestras felicitaciones a todos los ganadores del Concurso literario y gráfico de *Punto de partida* y nuestro reconocimiento a la labor de los miembros del jurado, que generosamente aceptaron participar con nosotros. 



Instantes del pasado israelí

Marco Antonio Campos

Qumrad (Siglo I d.c.)

“Hemos pormenorizado hasta el último detalle la vida en la Comunidad”, se dijo el intérprete, mientras caía la tarde y escribía con carbón sobre el pergamino en su cuarto de estudio.

“Vinimos a aislarnos en el desierto para purificarnos y dejar lejos a la escoria de los viciosos y a los detritos de los malvados que pululan por las callejuelas de Jerusalén, y quienes ensucian, con su obscenidad hipócrita y su avidez tiránica por el dinero y el poder político, suelo y paredes del gran templo.

”En la Comunidad no somos más de doscientos. Comemos frugalmente y cumplimos varias veces al día el ritual del baño para borrar toda mácula. Unos realizan los trabajos agrícolas y otros espesan el líquido del bálsamo para volverlo ungüento curativo o aceite de aroma. Nadie como nosotros ha medicado los remedios para las enfermedades del cuerpo y encontrar alivio para las purulencias del espíritu.”

Todos sabían que ningún miembro de los Hijos de la Alianza, como el intérprete, había insistido en la austeridad extrema para llevar una vida que agradara a Dios. Ninguno fue más persuasivo que él y en ninguno creyeron más que en él. Pero algo (temblaba al escribirlo) lo perseguía desde hacía tiempo. Como polvo corrosivo la duda quemaba la piel de su alma: los infinitos sacrificios a los que se había obligado y había obligado a los miembros de la Comunidad ¿valieron el esfuerzo? ¿Dios los tomaría en cuenta y les abriría el camino? ¿Pero cómo saber si quiera si Dios existía?

Nervioso salió del cuarto y salió de las escuetas construcciones de la ciudad. Se detuvo al pie de las montañas, volvió el rostro y vio allá abajo las aguas minerales sin movimiento del mar que se volvían azules al atardecer. El cielo era amarillo y azul y comparó el declive del día con el declive de su espíritu.

No debían ver los Hijos de la Alianza el manuscrito pero no podía tampoco dejar de decirse la verdad a sí mismo.

Regresó a su cuarto y esperó la noche. Acabó de escribir lo que pensaba. Palpó el cuchillo que llevaba siempre bajo la túnica. Volvió a salir y anduvo por esas montañas que conocía incluso a ciegas. Entró en una magra cueva y ocultó muy bien

el rollo detrás de una roca. Algún hombre de una generación futura hallaría el manuscrito y acaso sabrían entonces si sus dudas eran verdad o mentira. Sin embargo no percibió a un joven que lo había visto y seguido.

Regresó a su cuarto. Aliviado, feliz, durmió esa noche como nunca antes.

En la mañana, mientras escribía reglas de mayor dureza para la vida en la Comunidad como una manera de ser más severo consigo mismo, oyó gritos afuera. Eran dirigidos a su persona. Se supo perdido. Salió, y al pie de la montaña, vio reunida a la colectividad vociferando contra él y a un joven con el rollo del manuscrito en la mano.

Antes de ser humillado y afrentado, de ser llevado a un juicio inmediato del que ya se sabía la sentencia, sacó un cuchillo de su túnica y con las dos manos se lo hundió en el pecho.

Masada (73 d.c.)

“Está bien, es correcto...”, dijo el general romano al cronista al mirar, helado por el terror, las huestes suicidas de los sicarios que resistieron hasta el último instante. Cadáveres de hombres, mujeres y niños se hallaban esparcidos por los recintos del palacio. El hedor era poco menos que insoportable.

“Hace cosa de un siglo, Herodes, amigo de Roma, hizo alzar esta fortaleza y alzó palacios de estilo romano en la Cesárea mediterránea y amplió el templo de Jerusalén de tal manera que ocupaba hasta hace tres años la sexta parte de la ciudad. Herodes, como su hijo del mismo nombre, colaboraron con nosotros y le dimos a este pueblo numerosas libertades, menos la peligrosa independencia, que hubiera arruinado la política imperial en la región. Pero hay siempre sectas de dementes o fanáticos, que a pesar de que le vaya bien al pueblo, acusan al rey o al príncipe o al tirano que los gobierna de traidor o colaboracionista.”

Para no ver los cuerpos descompuestos el cronista alzaba la mirada hacia las montañas desérticas que se erguían poderosas delante de él. Volvió el rostro y vio el cielo desvaído y la sal del mar Muerto haciéndose cristales en el agua, y el agua, al evaporarse, emblanqueciendo el aire.

“Al colaborar los dos Herodes con nosotros, hicieron fuerte a su país, pero los nacionalistas ciegos, con su resistencia demencial condenaron a sus ciudadanos a la muerte, al exilio o a la humillación de una nueva servidumbre.”

El general, que ya no soportaba la fetidez, volvió los ojos hacia el cronista:

“¿No cree usted que estarían mucho mejor ahora con nosotros, que sin país, sin templo, sin tierra para sembrar, sin casa donde vivir?”

El cronista vio al general con angustia. 

Marco Antonio Campos (México, D.F., 1949) es poeta, narrador, ensayista y traductor. Ha publicado los libros de poesía *Muertos y disfraces*, *Una seña en la sepultura*, *Monólogos*, *La ceniza en la frente*, *Los adioses del forastero* y *Poesía reunida* (1970-1996); de cuento: *La desaparición de Fabricio Montesco* y *No pasará el invierno*; las novelas *Que la carne es hierba*, *Hemos perdido el reino* y *En recuerdo de Nezahualcóyotl*; los libros de ensayos *Señales en el camino*, *Siga las señales*, *El café literario en ciudad de México en los siglos XIX y XX*, *Los resplandores del relámpago* y *Las ciudades de los desdichados*; de entrevistas: *De viva voz*, *Literatura en voz alta* y *El poeta en un poema*; el volumen de crónicas *De paso por la tierra* y el cuaderno de aforismos *Árboles*. De 1973 a 1988 fue jefe de redacción y luego director de la revista *Punto de partida*.

PREMIOS y MENCIONES



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

CONCURSO 35 DE LA REVISTA PUNTO DE PARTIDA

CRÓNICA

PREMIO

Real de catorce, la urbe azul

Autor: Roberto David Torres Hernández
Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán UNAM

MENCIONES

Historias de un atrevido testigo del tiempo, espectador del México religioso

Autor: Mauricio Moisés González López
Escuela de Periodismo Carlos Septién García

Cajas del silencio

Autor: Ana María Castillo Díaz
Instituto Latino de México
Jurado: Ana Cecilia Lucena, César Aristides

CUENTO

PREMIO

El suicidio

Autor: Rodrigo Martínez Martínez
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

MENCIONES

El luto de Adelfa

Autor: Carlos Alberto López Navarro
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

La marquesa Dubois

Autor: Benjamín Olalde Echevarría
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Luna Cinema

Autor: Edgar César Avilés Martínez
UNA-Neohumbos

Jurado: Fabrice Penik, Mauricio Molina, Mauricio Carrera

CUENTO BREVE

PREMIO

Valencia, March

Autor: Alejandro Vázquez del Mercado Hernández
Universidad Panamericana

MENCIONES

Minutas grises

Autor: Rodrigo Villegas-Mendoza
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

Jurado: Ana García Bergea, Federico Pazán, Mauricio Molina

ENSAYO

PREMIO

El cielo en la tierra. Un acercamiento al entorno artístico y amoroso de Alma Mahler-Werfel

Autor: José Francisco Jiménez Mendoza
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIONES

Traducir el poema de la naturaleza

Autor: Nydia Pineda de Ayala
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

¿Dioses o prostitutas? Un mito para los devotos

Autor: Valeria Luiselli López Aragón
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

La experiencia literaria

Autor: Lolawang Gasanola Silva
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Marcela Palma, Vella Salas

FOTOGRAFÍA

PREMIO

Evaluación visual

Autor: Saúl Abellán Ríos Irazo
Universidad La Salle

MENCIONES

Contenidos tediosos

Autor: Verónica Corberó Blázquez
UNA-El Encuentro, UNA

Sangre cuero, como sangre, tumulto lloro de rabia...

Autor: Enrique Bulfova Divila
Instituto de Física UNAM

Jurado: Francisco Rocher, Javier Irujoa

FRAGMENTO DE NOVELA

PREMIO

Gracy

Autor: Edwin Alcántara Machado
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIONES

Los vestigios del tiempo

Autor: Artemio Escobedo Ortiz
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Bernardo Ruiz, Joaquín Armando Chacón

POESÍA

PREMIO

Los pasos del visitante (resaca sobre el mar)

Autor: Luis Pantoja Hernández
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIONES

Viento entre edificios

Autor: Aileen Patricia Martínez Orrego
UNA-Itzapalapa

Agua en la memoria de junio

Autor: Carlos Ramírez Nieves
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Carta Bayán

Autor: Jorge Illescas Montiel
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Laura González Durán, Mariana Troncoso, José María Espinoza

TEATRO

PREMIO

El patético final del cuervo en su museo barroco

Autor: Aileen Patricia Martínez Orrego
UNA-Itzapalapa

Jurado: Luis María Minerva, Jaime Chabaud

TRADUCCIÓN LITERARIA

PREMIO

Una rosa para Emily, de William Faulkner

Autor: Thelma Just Garibaldi Pérez Vilchis
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIONES

La otra Alceste, de Alfred Jarry

Autor: Alejandro Curiel Ramírez del Prado
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Observaciones secretas sobre la niña-cobra, de Joyce Kilmer

Autor: Martha Angélica Nieve Jarama
Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Mariana Mancera, Flavia Botón

VINLIA

PREMIO

Tiro

Autor: Saúl Emanuel Holón Millán
Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

MENCIONES

Mar de complacencias

Autor: Manuel Díaz Reyes
Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Autobiografía de la piel

Autor: Paula Ivette Anla Rodríguez
Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Jurado: Sofía García-Lemus, Santiago Ortega



DIFUSIÓN
CULTURAL
UNAM
LITERATURA

**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



**PUNTO DE
PARTIDA**

Punto



punto
DE PARTIDA



Concurso 35

Primera entrega

Los pasos del visitante (croquis sobre el mar) / Premio de poesía

Luis Paniagua Hernández, Lengua y Literaturas Hispánicas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Laura González Durán, Marianne Toussaint, José María Espinasa

El suicida / Premio de cuento

Rodrigo Martínez Martínez, Ciencias de la Comunicación

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Jurado: Edméé Pardo, Mauricio Molina, Mauricio Carrera

Evolución volátil / Premio de fotografía

Sausi Rhi Lozano, Diseño Gráfico

Universidad La Salle

Jurado: Francisco Kochen, Javier Hinojosa

Gracy / Premio de fragmento de novela

Edwin Alcántara Machuca, Maestría en Historia

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Bernardo Ruiz, Joaquín Armando Chacón

Real de Catorce, la urbe azul / Premio de crónica

Roberto David Torres Hernández, Sociología

Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM

Jurado: Ana Cecilia Lazcano, César Arístides

Los pasos del visitante (croquis sobre el mar)

Luis Paniagua Hernández

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

I

En el abrevadero del muelle
beben las barcas suspendidas.
Cae el sol de las cinco de la tarde;
a estas horas
el puerto es una bestia dormida
y el mar su quieto sueño.

II

La penumbra deja escapar
a lo largo del malecón
un vaho
aparece el mar
como un dibujo
que la pesada bruma pacífica.
Es la hora del silencio
las olas rompen contra los farallones
la noche abre sus fauces:
líquido
el marinero sueña un mar de piedra.



Dibujos tomados de la serie *Bitácora*, de Citlalli Rojo,
Escuela Nacional de Artes Plásticas

III

Sueñan las barcas.
 La noche suelta amarras más livianas.
 La negrura borra el malecón;
 el viento lo palpa.
 La arena nombra las pisadas.
 A lo lejos alguien pasa.
 El mar sabe todo esto y se lo calla.



IV

En medio de la lluvia
 se dibuja un puerto
 frente al puerto se mecen
 como barcas
 las olas
 olvidadas de sí mismas.

Marítimo

Enmudecen los astros.
Develan.
Se desgrana la luz;
Atraviesa los peldaños celestes.

El mar se desdobra
En un silencio todavía innombrable.
Posa el mar sus ojos
Bajo la sombra de las barcas.
Insomne mirada.
Ola tras ola cada parpadeo.

Deja de tejer frazadas,
El mar, para su soledad;
Húmeda mancha, húmeda ausencia,
Interminable ir y venir
Sobre sí mismo.





V

Insondable silencio.
 No por insondable impalpable:
 Húmedo sueño que cae
 Sobre el propio sueño;
 Larga noche movediza
 Bajo las barcas que flotan
 Somnolientas.

VI

Tremenda bestia
 dormida debajo del desastre:
 el mar
 que sueña
 futuras tormentas
 y naufragios.



VII

Torva bestia que no te quedas nunca
 mar,
 eres el extranjero
 que siempre está de paso.

Qué bestia
si no tú
que te sustentas de miradas
que te persigues
sin alcanzarte nunca
sueñas, a veces,
que otros ojos te miran
sin reconocerte.



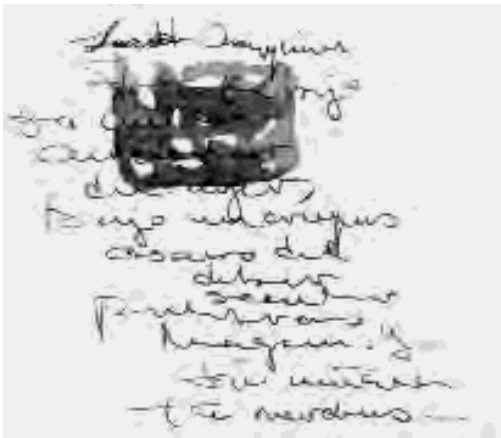
IX

Eres como el tiempo
mar,
cada instante te vas,
cada ola,
y no vuelves tú
sino un simulacro:
lo que vuelve es el agua
de otro mar
que ya nunca es el mismo.



X

Más allá del mar
está otro mar
que espera ser nombrado.



XI

La memoria del mar
se hace de barcos
varados siempre en otros puertos.

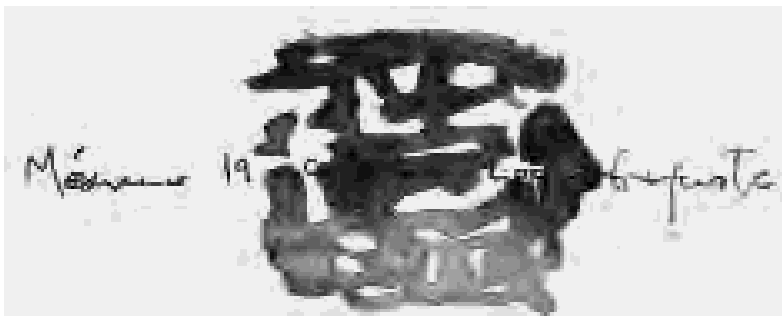
XII

Y más allá del sueño del marino
otros mares son los que lo sueñan.



XIII

Y sobre el mar
asombros,
retazos de los barcos
que alguna vez,
en sueños,
se han hundido.



XIV

En el alba
el canto del gallo
es un mástil:
reverdecen unos barcos
ya hundidos.

El suicida

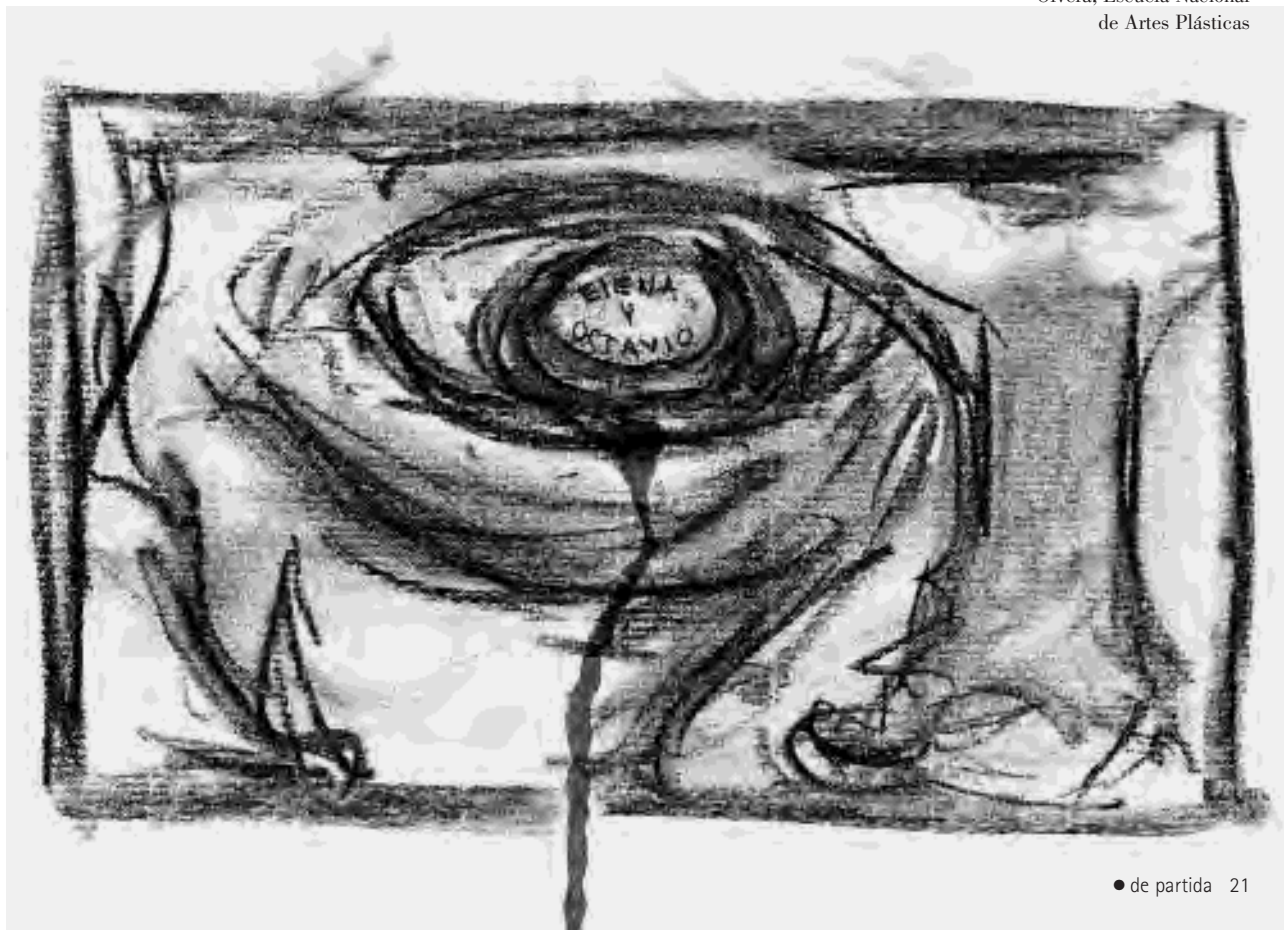
Rodrigo Martínez Martínez

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

Para mis padres, el abuelo, Luis e Irma

Desprovisto de toda posibilidad, sujeto a mi pasado, resolví suicidarme. Culpable, víctima de mi propia traición, cerraría el capítulo que comencé cuando permití que hicieran el amor una y otra vez a mis espaldas. Era la única alternativa. Dispararía sobre mi sien con un revólver o prepararía una moderna guillotina de sábanas que daría forma a una diminuta e íntima revolución francesa.

Dibujos de Darío Monroy
Olvera, Escuela Nacional
de Artes Plásticas



Cuando entré en la habitación del hotel supe que jamás debí entregarle a mi esposa. Estaba arrepentido y no tenía más que resignarme. Dejé que su amorío se consumara. Tiempo atrás, consentí sus reuniones, celebré sus aventuras y potencié sus pasiones. Sólo podía atenerme a dicho pacto.

Vi las ventanas y los visillos oscilaban como hierbas gráciles y largas. Elena y Octavio reían en sueños. Los recuerdos me doblaron y, frotando la palma de mi mano contra las sábanas, examiné las posibilidades que tenía. Era menester disculparme. Estaba dispuesto a exigir la inmediata reconstrucción de mi vida pasada. Elena volvería conmigo y no más Octavio en el asunto. Pero renunciar al pacto me haría un cobarde.

El dorso de mis manos estaba irritado. En lo alto de la habitación había una lámpara sujeta por una barra extensa y angosta. Sobre una mesa cuadrada coloqué una maleta con mis pertenencias. Las baldosas del suelo eran rombos azules que, en el centro, tenían figuras como caleidoscopios. Los cobertores y sábanas de aquel aposento eran blancos y poseían bordados con formas de flores y animales.

Me levanté. Estuve buscando el revólver dentro de la maleta. Mi cuerpo tiritaba como en la noche de la primera reunión carnal. Un frío intenso se instaló en el cuarto.

Desesperado, volví a sentarme. Estaba apoyando el rostro en las palmas de mis manos cuando recordé que había dejado el arma en la casa. Concebí el semblante de Elena lleno de placer, cubierto por un paroxismo de emoción y un estremecimiento amoroso. Entonces, murmurando, gemí por el dolor.

No me detuve. Reuní las sábanas y los cobertores e hice cálculos. La distancia dada entre la barra de la lámpara y el suelo era suficiente para que, a lo sumo, hubiera un par de metros entre mi estatura y aquélla. El perímetro de acción era ideal.

Subí a la mesa e hice un nudo con la sábana en el centro de la barra. Los ángulos de la estructura me sirvieron para lograr tensión. Di un salto sujetando la sogá improvisada para comprobar la seguridad de la horca. Convencido de la obra, empujé la mesa para adaptarla a mis necesidades. Di tres pasos de espaldas mientras festejaba mi labor.

A pesar de que iba a morir estaba satisfecho. No tuve miedo alguno. Decidí no escribir un mensaje póstumo pues no quise fastidiar a mi mujer con cursilería infinita.

Me quité la chaqueta y recordé que en uno de los bolsillos tenía una botella de aguardiente. Bebí mirando la



habitación. Me aproximé a los visillos y, desde el segundo piso, vi a la gente que caminaba por la vereda. Entonces, me dispuse a salir por última vez.

Había caminado una docena de calles bajo el imperio y el aroma de la humedad. El frío quemaba la piel del rostro. Las bocas y narices de las gentes exhalaban todas vapores blancos. Había rumores de tos, escalofríos y cigarrillos debajo de los semáforos. Muchachas vestidas con faldas cortas y ajustadas ofrecían una mejor suerte a los caminantes. Ellas se congregaban ante un bar al que ingresé.

Pedí un vodka. El cantinero, hombre viejo, estaba hablando con un cliente. Éste tenía una levita de piel, un pantalón estrecho y la barba larga y pronunciada.

—¿Sabías que Gabino se suicidó? —preguntó el viejo mientras atendía mi pedido.

—[...]

—La mujer se escapó.

—¿Con quién?

—Sola.

—¿Sola?

—Sí, sola.

Bebí el vodka de un trago y pagué. Me di vuelta de inmediato y salí. Predominaba la luminosidad espesa del atardecer y, sin embargo, no sentía miedo frente a la proximidad de mi consumación. Tomé el camino de vuelta. Las meretrices iban y venían hablando del dinero, de la resistencia de los preservativos y del tufo de sus clientes. De nuevo, objeto de un intenso nerviosismo, apresuré el ritmo de mi paso.

Di el último sorbo a la botella de aguardiente. No cerré la puerta de mi habitación, incluso había prescindido de la llave. Corrí las cortinas y detuve el flujo que venía del exterior. Vi el patíbulo, exploré las figuras que se formaban en la textura de los muros y recordé el vestido blanco, de perlas plateadas y adornos sencillos, que Elena vistió en nuestra boda. Cogí el remolino grueso de sábanas y, no sin cierta añoranza, imaginé que compartíamos el mismo lecho. Decidido, aseguré con fuerza el nudo. Ya sólo restaba saltar y lo hice.

Un intenso dolor asediaba mi cuello. Estuve mirando el movimiento de mis pies durante horas. Era inconcebible. La presión de la horca fue tanta que debí haber muerto; sin embargo, no había sido así. Con el peso acumulado durante horas, la pintura próxima a la lámpara se desprendía. Dilucidé el brusco rostro de Octavio y su risa insoportable. Los ángulos de la bombilla se desprendieron y caí sobre las baldosas no sin golpear la mesa con mi nuca.

Sacudí el polvo que había impregnado mi ropa. Como tenía un dolor punzante en el cuello, lo sujeté con ambas manos. Miré la disposición del tablado casero y pude advertir que estaba desbaratado. Con ímpetu antes desconocido logré incorporarme, me encaramé contra el frío y fui ante el espejo del tocador. Entonces lo noté: una gruesa línea purpúrea comenzaba a manifestarse alrededor del cuello.

Aún sorprendido concebí un nuevo plan. Pensé que la tensión de las sábanas había sido insuficiente. Dado que ya comenzaba a oscurecer, lamentando mi situación, contemplé nuevas posibilidades. Esta vez quería asegurar el éxito de mi empresa.

Subí al último piso del hotel y allí pronostiqué diversos escenarios: por tan sólo un salto mis costillas podrían resquebrajarse, mis piernas convertirse en polvo y mi corazón detenerse luego de las últimas arcadas. Convencido de los resultados asumí la nueva responsabilidad.

Sobre la pequeña barda de la fachada tuve contacto con la brisa nocturna. El rumor de la ciudad, grávido de furia y demencia, era como un silencio colectivo. Estornudé flaqueando un poco en el borde de aquel reducido espacio. Un grito que vino detrás de mí tuvo tanta intensidad que me precipité.

El propietario del hotel colocó un pañuelo húmedo en mi frente. Su semblante lucía desalentado y como invadido por una preocupación extrema. Murmuraba monólogos ininteligibles y, relajándose, silbaba en tanto envolvía hielos con una franela de algodón. Además, el moretón de mi cuello era todo un misterio por el que parecía cuestionarse.

—Amigo, ¿está bien? —preguntó cuando me incorporé lleno de amargura.

—Sí, no ha pasado nada —repuse mientras dudaba de mi propia confesión.

Agradecí sus atenciones y me alisté por completo. Un impulso aterrador provocó que resolviera retirarme de mi alojamiento. Salí de aquel hotel con la seguridad de que estaba maldito. Pensé en los amantes. En Elena desnuda; en la mujer que se había entregado y que ahora era inalcanzable. Vi lejanos los días en que una pasión resuelta se desataba entre nosotros. El rostro de Octavio, las carcajadas insufribles, las frases y gemidos de su placer, se repetían en sucesivas imágenes acústicas.

Había abordado un taxi. El chofer, sorprendido por mi aspecto, estuvo a punto de accidentarse. Durante el viaje ignoré la mácula purpúrea de mi cuello. Formulaba diversas hipótesis para explicar mi supervivencia. La altura de la horca y la caída; la tensión de las sábanas y la fricción en el cuello, el golpe en la cabeza y el hematoma en la espalda. No hubo juicio alguno que explicara el acontecimiento pero, sin duda, el revólver que olvidé era la catedral de mis anhelos.

Hacía semanas que no deseaba llegar a mi antiguo hogar con tanto fervor. Cuando estuve ante la puerta, donde Octavio había colocado una imitación vergonzosa de *La persistencia de la memoria*, creí percibir la primera sensación de temor. No había luz al interior de la casa. Presioné el botón del timbre y no tuve respuesta. Lo hice una segunda vez y, de nuevo, no hubo reacción. Luego de algunos minutos, los relojes deforme de Dalí me alteraron y, mientras comenzaba a retirarme:

—¿Quién?

—¿Quién más, imbécil? —respondí y, yerto por el frío, entré en la sala bruscamente—. ¿Elena? —pregunté y, conmovido por la imagen, reconocí los senos firmes y gráciles de la muchacha que, sonrojada, se acercó.

—¿Qué te ha sucedido? —exclamó mi antigua musa cuando noté que Octavio también estaba desnudo—. ¡Ven, tengo que ponerte hielo y darte un analgésico!

—¿Te asaltaron? —preguntó el amante y luego bostezó.

—No, intenté suicidarme.

—¿Suicidarte? —dijo Elena abrigándose con su bata.

—Ya sé, ¿te violaron?

—No —dije, y salté con tanto impulso que la mujer se asustó—. Elena, ¿dónde está el arma?

—¿El arma?

—Sí, el arma. El revólver que compré hace años.

—No sé, creí que ya no lo tenías.

La ingenuidad de la mujer me colmó de una sensación semejante a la ternura. Hice de lado estas vulgaridades y, molesto por las pésimas réplicas de Dalí, multiplicadas en toda la morada, busqué el arma accidentalmente. Elena se concentraba en perseguirme. Hallé las municiones. Eran dos balas de plata que me hicieron recordar que alguna vez me prometí no utilizarlas jamás. Mi mujer me socorría y Octavio, aún desnudo, bostezaba repetidamente.

Destruí una mesa, tiré los objetos del tocador y vacié los cajones en los que se hallaban los calzoncillos del intruso. Elena, excesivamente preocupada, como si no hubiese cometido infidelidades, no cedía en su empresa e intentaba sanar mis heridas. En el extremo de la habitación en que habíamos vivido, detrás de una enorme cama matrimonial, solía dejar mis objetos más apreciados. Hallé una caja negra que tenía impresiones muy delicadas y, cuando retiré la tapa, encontré el revólver.

—¡Epa, aquí está! —di media vuelta con el arma en la mano izquierda y, como parecía que apuntaba al corazón de la mujer, los amantes se atemorizaron.

—Cuidado con el arma.

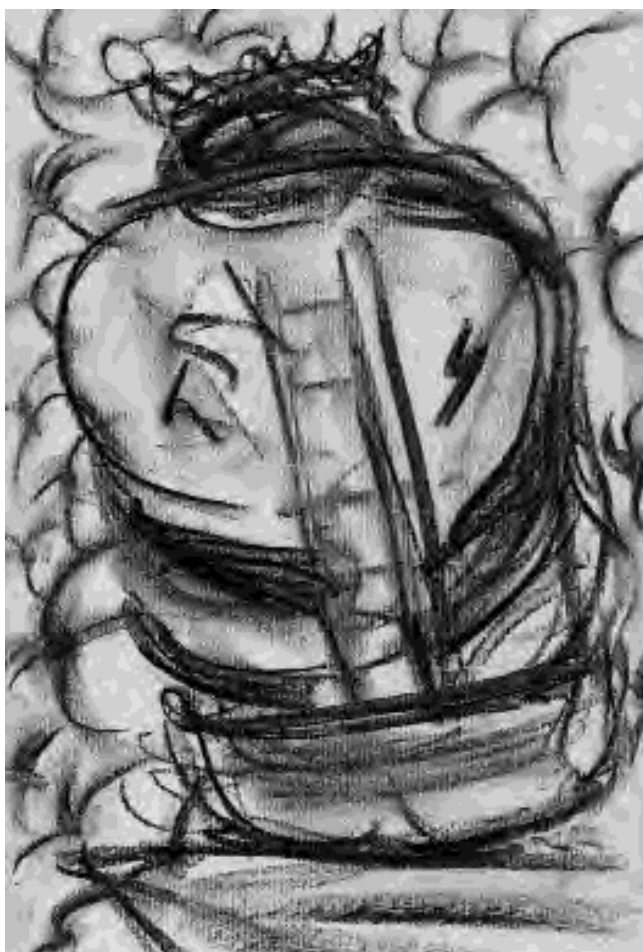
Toda la amargura que habían causado el obstáculo de poseer a Elena, la desnudez de Octavio y las groseras imitaciones de Dalí, se había esfumado con el hallazgo. Los amantes hallaron serenidad en mi alegría y, desconcertados, notaron cierta demencia en mis facciones. Pensé en apartarme. Volvería al hotel, pagaría los daños que había infringido y, *bye, bye*, me despediría de mi angustia. Pero la pareja, el Adán y la Eva que habían erigido el muro de la infidelidad, no dejaban de sorprenderme.

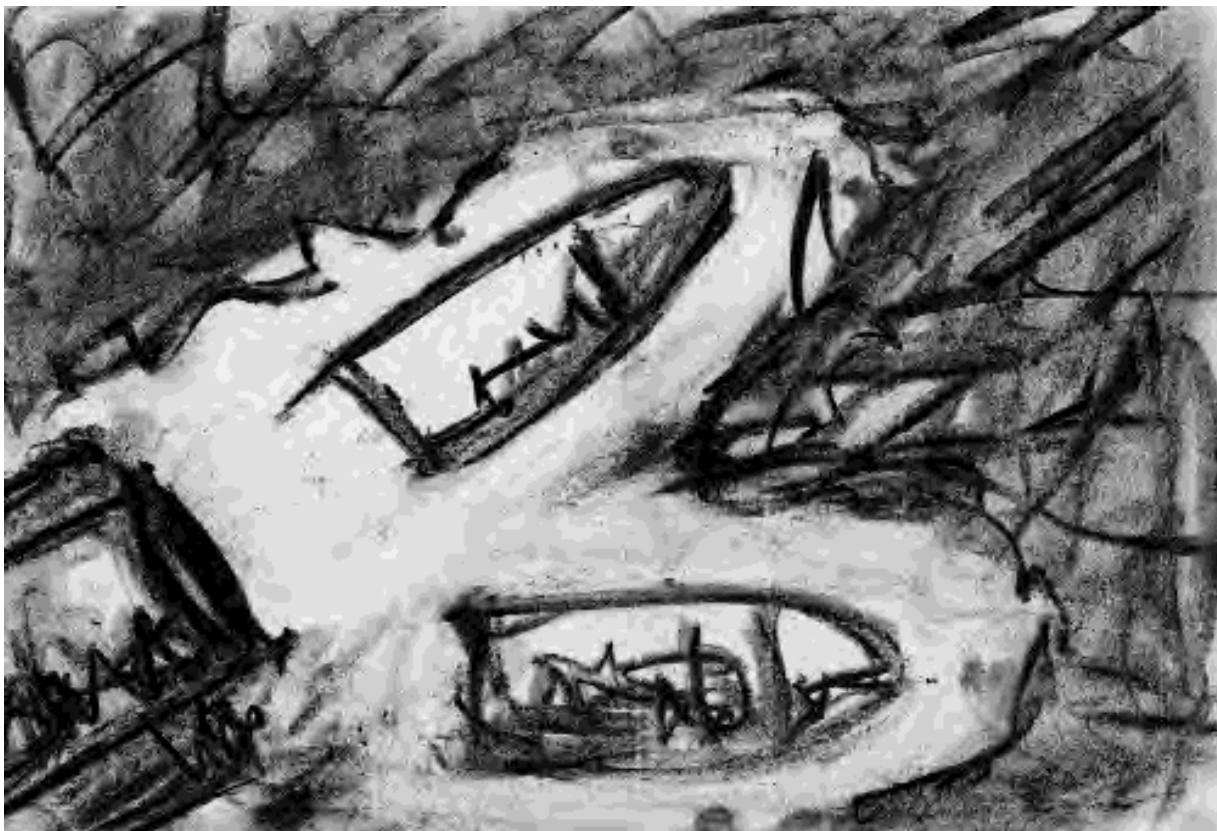
—Elena quiere decirte algo —Octavio me sujetó con su desnudez repugnante y execrable.

—Bueno, que lo diga.

—Estoy embarazada.

—Y queremos que seas el padrino —remató el otro con una risotada impecable.





Octavio debió atajarme pues el sobresalto que siguió a la revelación fue excesivo. Elena, aterida, calló sobre la cama en donde habíamos descubierto el amor y en la que nunca concebimos un hijo. Moví el arma con brusquedad y el sistema se accionó.

Acompañada por un grito, la bala destruyó una figura de porcelana colocada en la cabecera del lecho y no muy lejos del cuerpo de mi mujer. El estruendo del disparo causó desconcierto. Luego de rechazar la petición, salí de la casa.

Volví al cuarto del hostel. Sobre la mesa estaban mis pertenencias y el polvo que se había desprendido del techo. En el suelo las sábanas, la botella de aguardiente y, ahora, el revólver. Contemplé las balas de plata recordando el embarazo de Elena. La materialización de mi fracaso, el purgatorio y el infierno, la desgracia y el arrepentimiento me asechaban. Un hijo. Mi esposa tendría un hijo de una relación que yo había permitido. Y, a pesar de todo, ella se alarmó por mí.

No pude esperar más. Acudí a la recepción del hotel y, en un cajón que me pareció adecuado, coloqué un cheque. Supuse, con algunas sumas y restas, que la cantidad dejada era suficiente para restaurar el cuarto cabalmente. Me instalé en mi alcoba, llené la botella de aguardiente con agua de la toma principal y bebí sediento.

Me hice del revólver y, cuestionándome, dije: “¿Dispararé en la sien o en el corazón?”. No acertaba a responder la pregunta cuando presioné el gatillo y, acompañado de un dolor insoportable, me incliné en el suelo mientras intentaba oprimir mi pecho. Un ardor recorría la piel más próxima a la tetilla izquierda. Creí que el tiro no había sido certero pero tuve un acceso de consolación cuando recordé la segunda bala de plata.

Observé mis manos. Las suponía llenas de sangre pero, extrañamente, me equivocaba. ¿Acaso la bala se habría quedado estancada? ¿Mi cuerpo habría sido atravesado de lado a lado? Discurrí muchas otras ideas y, con nuevos bríos, coloqué el cañón del arma en mi sien y disparé.

Ahora una terrible jaqueca me asediaba. Una vibración interna consumía mi cabeza y, en la sien, estaba creciendo un moretón filoso y redondo. Mas no había sangrado. Mis orejas, como resultado de la resonancia del disparo, repetían el sonido y la vibración del viento helado por el albor.

Debido a que no pude comprender lo que sucedió decidí visitar a un amigo la mañana siguiente. Se trataba de un psicólogo que había sido mi compañero en el colegio. Reflexioné sobre los acontecimientos. Elena estaba embarazada, el recepcionista del hotel había estado cerca de llamar a la policía y yo no podía suicidarme. Me sobrecogí ante la posibilidad de mi expiración. De manera sorprendente había fracasado en tres intentos. Pero estaba seguro de que Rufino podría socorrerme.

Cuando arribé al consultorio, el asistente de Rufino, un mozo bien dotado, me miró con extrañeza. Sus expresiones me ofuscaron. Se trataba de una clínica de salud mental y me parecía común la presencia de individuos anormales. Percibí que, de improviso, me había convertido en un caso especial. Mas el joven, concentrado en su deber, llamó mi turno.

Entré al cubículo. Como en todo consultorio freudiano había un sillón reclinable, una silla, papel y tinta. Rufino pertenecía a esa rara especie de terapeuta que combina la sicología gestáltica, el psicoanálisis y la liberación sexual bajo las teorías de Wilhelm Reich.

—¡Rufino! —exclamé en cuanto lo vi.

—¡Qué sorpresa! —dijo con notable indiferencia—. ¿Qué sucede? ¿Cómo está Elena? ¿Y los hijos? ¿Qué tal el trabajo, eh?

Rufino era de esas personas que preguntan cosas ordinarias. Con él nunca pude hablar de literatura. Pero tuve confianza en su palabra y supe que me ayudaría.

—Todo bien, todo bien —dije—. Pero, mira, necesito que me ayudes. Primero debo confesarte algo y, una vez que lo haga, te pediré un consejo.

—Adelante —me animó.

—Elena está embarazada de su amante, Octavio; yo, seguramente, seré perseguido por la policía y he intentado suicidarme pero no pude.

—¡Caray, hombre! ¿Por qué habrías de suicidarte? Eso le pasa a todos. Olvídalo. Si te falló es porque no lo deseabas. A ver, muéstrame las heriditas de tres milímetros que hiciste en tu muñeca. O, ¿acaso disparaste en tu boca con un revólver

descargado? Mujeres hay muchas. Ya vendrá otra. Pero, a ver, explícame eso de la policía.

Comenzaba a exasperarme. Evidentemente, Rufino había visto esto como una broma. Con toda seguridad, él creía que se trataba de una tomada de pelo.

—No, Rufino. Durante la noche intenté ahorcarme, salté desde un tercer piso y disparé dos veces con una pistola cargada con balas de plata. ¿No has notado las heridas en mi cabeza, el moretón en el cuello, el rostro cambiado?

Rufino se detuvo a reflexionar y, gradualmente, la presunta intelectualidad de sus cavilaciones se transformó en una risa para personaje de Maupassant.

—¿Crees que con una sobredosis de las medicinas que recetas pueda suicidarme? —le dije.

—Creí que ya no bebías. ¿No dejaste de hacerlo en la universidad?

No pude soportarlo. El embarazo de mi esposa, el horrible sexo de Octavio; las sábanas y las balas de plata; las franelas húmedas del recepcionista y la conmiseración de Elena. El mozo y Rufino; las imitaciones de Freud y Dalí; un trío de acciones suicidas fracasadas y una relación amorosa perdida por el ímpetu de mi cobardía.

Salí del consultorio sin despedirme de Rufino. El mozo, que estaba preparando una camisa de fuerza, se quedó perplejo en el acceso del centro de salud. Maldecía todo. Al taxista, al recepcionista y al cantinero; a Gabino que sí se había logrado suicidar y a las malditas balas de plata que nunca utilicé. Tomé un taxi, y en cuanto el chofer miró la mancha purpúrea de mi cuello, le advertí que lo mataría si no dejaba de hacerlo.

Llegué al hotel. El recepcionista me preguntó si necesitaba algo. Me lo había ganado por el dinero que dejé. Lo ignoré pero, más tarde, tuve que buscarlo.

—¿Tiene una bala para un revólver manual?

—Eh, pues, veré...

—¿La tiene o no?

—Sí.

El viejo, con las manos llenas de un sudor espeso, me entregó la munición. Era una antigua bala de oro. Le di otro cheque y, agradeciendo su hospitalidad, tomé mis pertenencias. Falto de dinero, me dirigí a donde Elena y Octavio. Los iba a matar. Dejaría una carta póstuma y me iría a la cárcel. ¿Qué mejor suicidio? Mas sólo tenía una bala. Era necesario adecuar las circunstancias. Un solo tiro para dos



pájaros. ¿Pájaros? ¿Qué dije? Eran dos cuervos negros como la noche anterior, como el cuerpo de los infieles.

Toqué el timbre, destruí *La persistencia de la memoria* y puse los jirones de tela en el suelo. No podría disparar en cuanto accediera por lo que escondí el arma en la chaqueta. Octavio abrió la puerta y, de un salto, logré llegar a la sala. Elena no estaba. De pronto, cuatro manos extrañas me sujetaron por la espalda. Octavio, motivado por mi desventaja, arremetió contra mí. Intenté luchar contra estas bestias humanas. Di puntapiés y sobresaltos violentos pero no pude liberarme. El revólver fue accionado y volvió a estremecer a los amantes. Pronto me detuvieron por completo. El cuerpo del artefacto lastimó mi columna y me debilité.

Elena y Octavio, con la catadura de los cuervos, me miraban. Rufino y el mozo me inmovilizaron con una camisa de fuerza. A través de la puerta que daba directamente al perímetro de la sala observé al taxista que me había llevado la noche anterior. No tardé en comprenderlo. Me tenían por loco.

—Rufino, ¿qué opinas? —preguntó Octavio.

—Está loco —dictaminó el psicoanalista.

—Te lo dije, Octavio. Anoche parecía como demente y no me equivoqué—. La seguridad con que Elena había expresado esto me pasmó. No me defendí. No alegué.

Vi al mozo que, atónito, no dejaba de estudiar-me. Rufino me dijo:

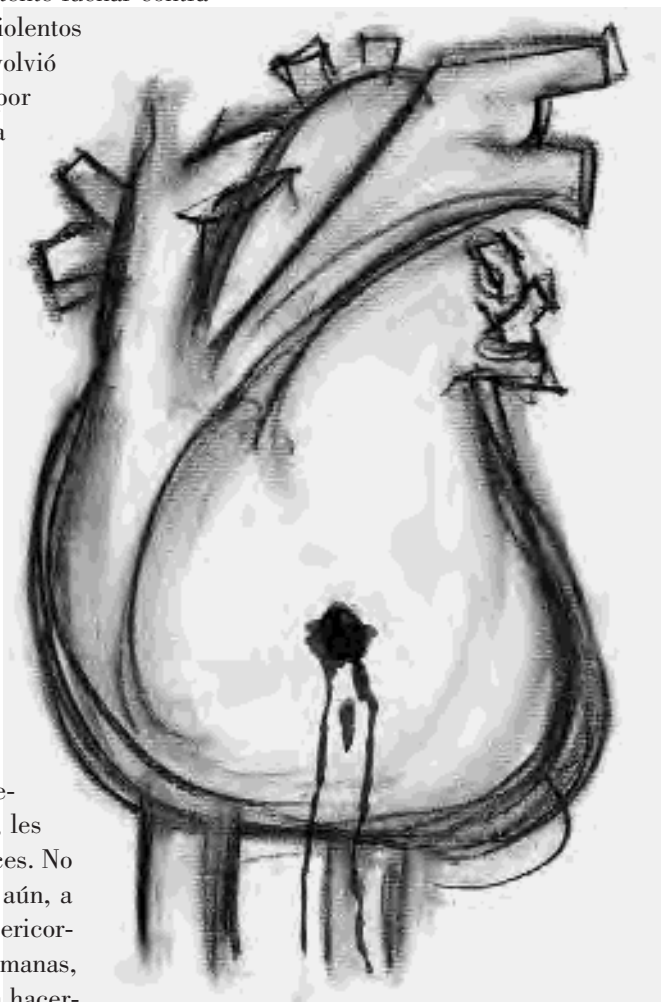
—Tenemos que irnos. Debes ir a casa y descansar —y luego remató con gestos de piedad hipócrita, de grosería absurda y fanfarria.

Recluso en el manicomio de la localidad, entre residentes colmados por la demencia y el aislamiento, les dije a las enfermeras que busqué suicidarme tres veces. No creían y me ignoraban como si estuviese loco. Más aún, a pesar de sus atenciones minuciosas y llenas de misericordia, hechas con el prodigio de manos féminas y humanas, jamás dejaron sábanas u objetos con los que pudiera hacerme daño. Ni siquiera fui sujeto a un régimen de medicamentos pues también pudieron servir para mi cometido.

Cada vez que Elena me visitaba, lamentándome como un niño, cubierto de lágrimas, le decía:

—En verdad lo intenté tres veces.

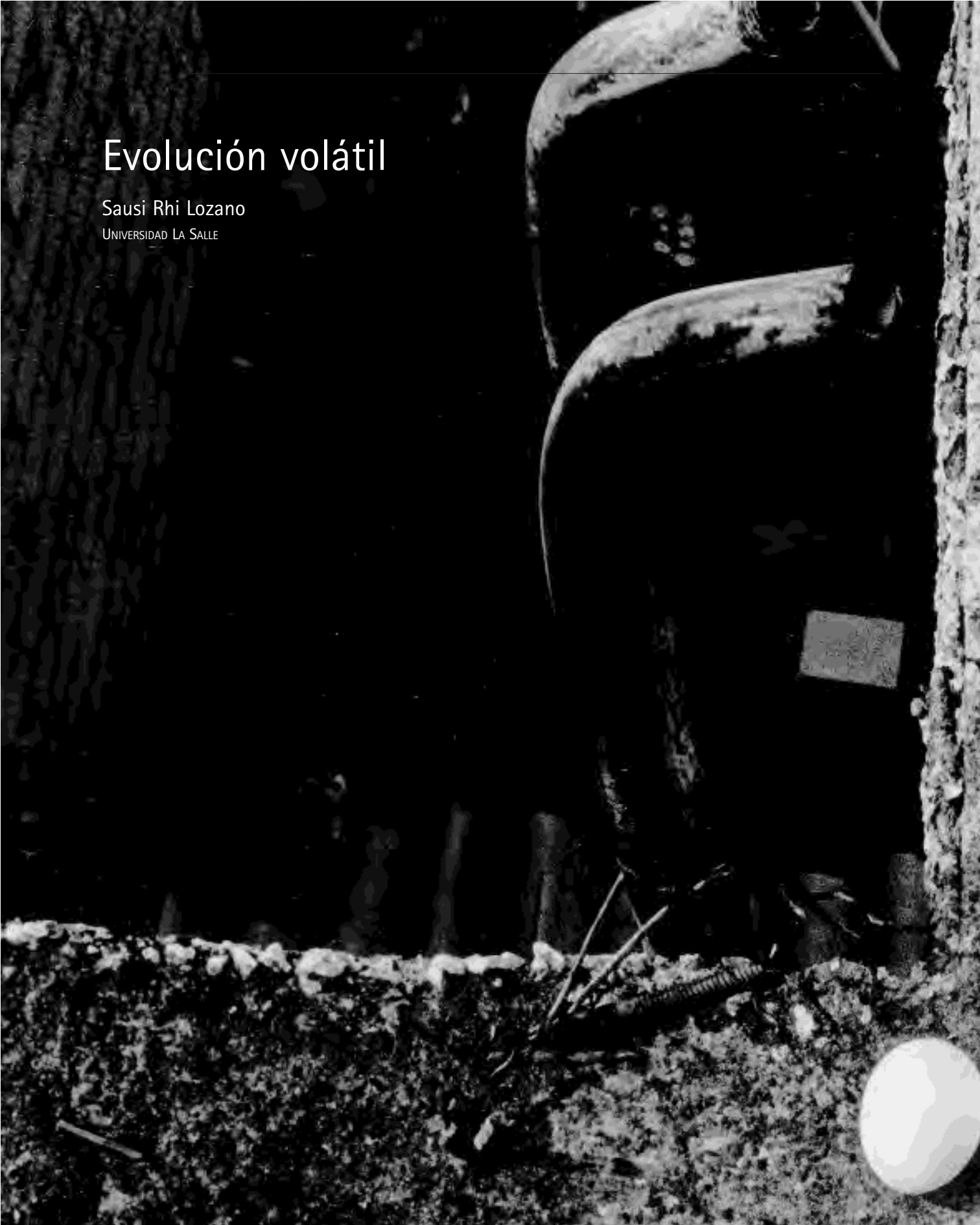
Pero Elena, sollozando, me daba la espalda y se iba por el pasillo hasta que desaparecía como el cuervo en el jardín de un palacio. ♀



Evolución volátil

Sausi Rhi Lozano

UNIVERSIDAD LA SALLE







2/10



3/10



4/10



5/10



6/10



7/10



8/10



9/10



10/10

Gracy

Edwin Alcántara Machuca

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Dibujos de Laura Monterrubio,
Escuela Nacional de Artes Plásticas

I

Graciela retuvo el trago de café en su boca y dejó suspendida la taza entre sus dedos. Un pensamiento luminoso la tenía absorta: no sabía cómo, pero estaba dispuesta a escribir una novela. Y lo haría aunque fuera zurciendo los retazos de su vida hecha jirones. Su único problema era que jamás había escrito una sola línea. En la inmensa soledad de su cocina entraban algunos rayos de sol que le entibiaban los pálidos brazos y los pies desnudos. Se pasó el trago de café y decidió buscar el anuncio de un taller literario que recordaba haber visto en la página cultural del diario al que se había suscrito por sus magníficas secciones de moda y sociales. Mientras revisaba los bloques de periódicos viejos pensaba en que su amiga Rosy no debía enterarse. Seguro creería que entraba a ese taller por pura envidia. La noche anterior se había estremecido en su enorme y fría cama, bajo la luz de la lámpara, cuando terminó de leer la última novela de su amiga Rosario Belmont. No lo podía creer: a los cuarenta y dos años se había convertido en escritora y ahora, a sus casi cincuenta, disfrutaba de los glamorosos deleites de ver publicada y vendida su tercera novela. La invitaban a charlar en la radio y la televisión, la entrevistaban los periodistas, le hacían semblanzas en algunas publicaciones liter-



arias y femeninas; algunas veces la veía en las imágenes de las crónicas de sociales. “¡Pero si sólo se ha dedicado a contar su vida!”, se repetía Graciela. Todos los episodios de sus novelas, pensaba, ella los había escuchado de los labios de Rosy hacía años, cuando no era más que una triste ama de casa con mucho tiempo libre.

Después de mucho empolvarse los dedos con las páginas, encontró el anuncio: sí, un taller de novela; eso era maravilloso. Pero comenzaría esa misma tarde y seguramente ya no habría cupo. Lo impartía el escritor Octavio Casals. Se citaban tres de sus novelas. Los títulos le sonaban huecos. Pero el nombre sí le parecía de novelista: “Casals... Casals...”, intentaba recordar inútilmente. Realmente no sabía quién era. Pero sin duda ése era el nombre de un buen escritor: Octavio Casals. Después de todo, se dijo, no estaba bien enterada del universo literario. Además, el taller se impartiría en un centro cultural de mucho prestigio. No había duda: allí sólo invitaban a gente muy reconocida. Sin pensarlo demasiado se vistió y fue a inscribirse. Tuvo que rogar mucho para que la aceptaran, pues el cupo estaba extralimitado. Pero siempre había una silla más para alguien que pagaba de contado y que daría la vida por estar allí. Acalorada de emoción, Graciela estaba segura de que esa tarde comenzaría su exitosa carrera de

escritora.

II

Octavio fumaba profusamente. Era irónico y acelerado al hablar con su voz de lija. Echaba bocanadas de humo que parecían salir de las profundidades de sus barbas que acariciaba nerviosamente a cada momento mientras escuchaba a alguien. Sus ojos eran incapaces de detenerse; brincaban de un lado a otro como si despreciaran todo cuanto veían. Había comenzado a hablarles de autores anglosajones, alemanes, rusos, cuyos nombres Graciela creía reconocer. Los asistentes al taller —casi todos oscilaban entre los veinte y treinta y tantos años— asentían y soltaban comentarios, aparentando seguridad y erudición; algunos exhibían los nombres de otros escritores extranjeros con familiaridad y aun trataban de entablar pequeñas polémicas con Octavio, quien sólo los veía con una mirada oblicua, discretamente burlesca. Cuando pidió que le dijeran sus escritores preferidos y por qué lo eran, Graciela comenzó a sufrir. Repasó los nombres de los clásicos que le habían impuesto leer en el colegio. Pero, ¿cómo iba a mencionar a un trágico griego o a un escritor de la Revolución Mexicana? Eso era de preparatorianos. Todos iban citando nombres desconocidos que ella imaginó serían puros premios Nobel. Un ligero sudor traspasó su frente. Hurgó con desesperación entre los nombres que había visto en aquella clase de literatura universal contemporánea, pero sólo saltó a su mente la escritora norteamericana de novelas de amor de quien había leído tres libros cuando era recién casada. Una sensación helada la traspasó y vio a Sergio zambaba y disfrutaban de una inmaculada vida matrimonial. Llegaba del trabajo sereno, impecable, cariñoso. Ella interrumpía la lectura de su revista y se



levantaba a servirle la cena que disfrutaban entre la plática de cómo habían pasado el día. Inesperadamente brotaban los besos, se deslizaban las caricias cada vez más extensas y terminaban refugiándose bajo las sábanas con la esperanza renovada de que ese mes sí lo lograrían: Graciela lo abrazaría al llegar y le daría la noticia enloquecedora que esperaba un hombre tan “de buena familia”, tan grande como él. Saltó al darse cuenta de que Octavio se dirigía a ella. Movié inquietamente sus ojos claros y contestó:

—Rosario Belmont.

—Rosario, ¿quién es tu escritor preferido? —inquirió él.

—Ah, no, perdón, yo me llamo Graciela, pero mi escritora favorita es Rosario Belmont.

Octavio la miró agriamente. Entonces ella se adelantó a dar los títulos de las novelas de su amiga.

—¡Ah, claro, claro! Pero te confieso que no la he leído —dijo él minimizando el hecho y pidió que hablara alguien más. Graciela expulsó el aire contenido en su pecho con un prolongado soplo que refrescó su frente.

III

Desempolvó cuidadosamente su vieja máquina de escribir. Mientras la sacaba de un confín del desván, recordó a su maestra de mecanografía en el colegio: le decía que era tan buena mecanógrafa que veía claramente su futuro en una gran empresa. Y ella también se imaginaba rodeada de grandes hombres, muebles lujosos y transcribiendo cartas de la mayor importancia. Ahora que limpiaba los tipos y el rodillo con una pequeña brocha, pensaba que su habilidad de mecanógrafa sólo le había servido para ser la secretaria

privada de Sergio, quien con frecuencia le pedía que escribiera la correspondencia personal a sus clientes y documentos que él era incapaz de mecanografiar. Le dio un empujón a sus recuerdos pensando que ahora iba a escribir lo que ella quería, no lo que Sergio le ordenaba. Iba a crear, a hacer literatura. Despejó de todas sus cremas y cosméticos el tocador para convertirlo en escritorio y plantó en el centro la máquina de escribir. Creyó que el primer paso para hacerse escritora era esculpir sus historias directamente en el teclado. Además, tenía que tener un delicioso café junto a ella y quizá, por qué no, unos cigarros. La idea de fumar le pareció seductora y diabólica. Ella nunca, ni en el baño del colegio, se atrevió a tocar un cigarro. Incluso, con los años, llegó a aborrecer el olor del humo que expulsaba su marido. Pero Rosy fumaba, Octavio también, todos los escritores lo hacían; quizá ésa era su fuente secreta de inspiración. Bajó hasta el comedor y buscó en la cajonera de la vitrina, donde hacía mucho tiempo Sergio reservaba sus cigarros extranjeros para sus momentos de éxtasis solitario. Pensando que al fin iba a hacer la travesura que jamás hizo de chica, subió hasta su tocador-escritorio y se puso en los labios uno de aquellos largos cigarros americanos, se miró en el enorme espejo donde a diario cepillaba su cabello y lo encendió con la espigada flama del viejo encendedor plateado. Al principio no sintió nada, pero pronto una amargura irritante anegaba su boca y su garganta. El humo salió expulsado por una violenta tos que casi la ahogó. Al recuperarse pensó que esto era un sacrificio demasiado absurdo para invocar la creatividad. Luego de preparar su aromático café y ponerlo junto a la máquina, pasó las hojas blancas por el rodillo y cuando las tuvo enfrente, cerró los ojos, soltó un suspiro y tecleó la primera palabra: “Ella”. Se veía tan linda y perfecta en la extensa pulcritud de la hoja, que Graciela comenzó a inhibirse. Tras mucho mirarla se dio cuenta de que era una pequeña palabra, que estaba allí, indefensa, en medio de tanta soledad. No se sintió capaz de continuar. Sacó las hojas e hizo a un lado la máquina. Sintió que si escribía con su vieja letra manuscrita las palabras fluirían con facilidad. Ya con la pluma en la mano titubeó unos momentos,

pero nuevamente logró escribir: “Ella”. La palabra era aún más linda que la escrita a máquina pero, por eso mismo, le pareció más frágil. Estuvo unos instantes pensando en cómo quería comenzar su narración, mas no podía pasar de “Ella”. Mordía la pluma, miraba todos los objetos de su recámara, se acomodaba, le daba un trago al café que ya se enfriaba, se empeñaba en recordar lo que quería escribir y veía a “Ella” ahí, desprotegida, reclamándole que continuara la escritura. Cuanto más se esforzaba por concebir las palabras que seguirían, más fácilmente se le pulverizaban antes de escribirlas. Estaba segura de que en el taller todos llevarían el texto que les pidió Octavio; para ellos, que habían leído tanto, sería muy fácil comenzar: pensó que en esos momentos ellos llevarían escritas varias



cuartillas o de plano ya habrían terminado su relato. Volteó la hoja sobre el tocador para no sentirse acosada por “Ella” y fue a tumbarse a su cama convencida de que era un fracaso para escribir. Se dijo que no regresaría nunca al taller y sintió deseos de llorar. Al apoyarse en su costado, vio en el buró la novela de su amiga Rosy Belmont. Dio un largo suspiro y, sin saber por qué, tomó el libro y abrió una página cualquiera. No había leído más que unos instantes cuando sintió el resorte comprimido de un extraño coraje, que se disparó para enviarla hasta su tocador. No despegó la plu-

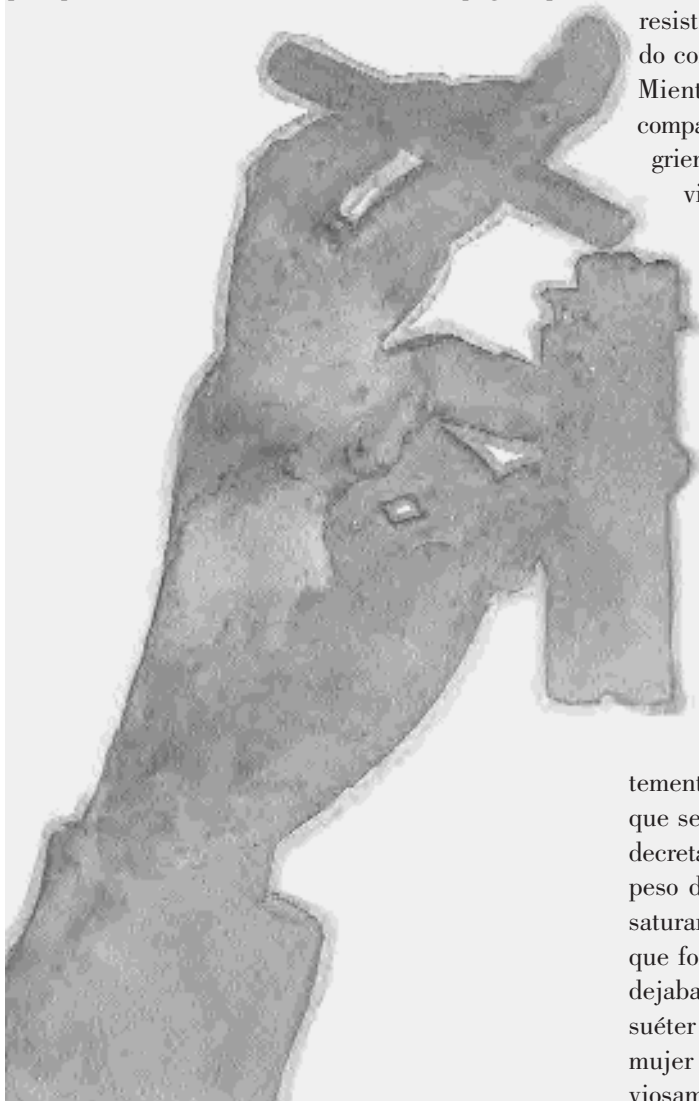
ma de las hojas hasta que anocheció.

IV

Entró al salón con su texto dentro de un sobre amarillo que apretaba contra el pecho. Lo sujetaba con la misma inocencia de cuando llevaba sus libretas al colegio. Caminaba tímidamente, sintiendo las miradas de los que ya habían llegado al taller y habían tomado sus lugares. No podía dejar de tener miedo; sus manos estaban algo frías por los nervios. Pero, recónditamente, le tenía confianza a su narración y creía que podía resistir, o por lo menos, sobrevivir. Su cabello recogido con un prendedor la hacía parecer más anañada. Mientras se sentaba, veía de reojo las caras de sus compañeros. Nada era más parecido a un festín sangriento que ese taller. Había descubierto que Octa-

vio era el jefe de aquella secta de bárbaros disfrazados de intelectuales, y era él quien estimulaba la antropofagia de sus discípulos con su amarga erudición. Las discusiones se levantaban por el motivo más trivial, por una mínima chispa de inconformidad. Graciela creía que sólo iban al taller con el ánimo de polemizar, de golpearse por el puro placer salvaje de mostrar su bagaje cultural. Por momentos, se sentía en medio de una auténtica guerra civil, bajo el humo de los cigarros y las feroces discusiones para defender o despedazar a los autores que leían. Muchas veces no comprendía de lo que hablaban, pero cada réplica lastimaba sus oídos como cañonazos.

Con frecuencia terminaba por echarse tristemente al respaldo de su asiento hasta que Octavio, que se divertía como emperador romano en un circo, decretaba un breve armisticio dejándoles caer todo el peso de sus opiniones. Ahora el salón comenzaba a saturarse y ya se apretaban en el pequeño rectángulo que formaban las mesas. El bochorno de la tarde se dejaba sentir con más intensidad. Uno, que llevaba suéter de tortuga, se quitaba el saco, acalorado; una mujer gorda con actitud de juez limpiaba nerviosamente sus lentes con un pañuelo; otro más se



acariciaba inquieto la cola de caballo mientras sus dedos jugaban con un cigarro apagado; había un tipo que tenía la manía de estarse enrollando las mangas de la camisa sin necesitarlo y había otro más que no podía pasar más de cinco segundos sin acomodarse los espejuelos en el puente de la nariz. De ninguno había logrado aprender sus nombres, pero no le interesaba. Las otras dos mujeres que estaban allí le parecían demasiado jóvenes, cultas y beligerantes como para hacer amistad con ellas. Al fin llegó Octavio, cargado de su presencia contundente y luminosa, como un ogro barbado, pero vestido con un típico saco de fina cuadrícula. Luego que él encendió el suyo, sucesivamente aparecieron cigarros en todas las bocas, apuntándose unos a otros. El humo se expandió lentamente en todo el salón. Se escuchó entonces la voz de Octavio obstruida por su cigarro.

—Vamos a ver de una vez sus textos.

Todos, obedientes soldados, respondieron a la orden y desenfundaron sus hojas.

—Comenzamos contigo, Graciela.

Sintió que el estómago se le volteaba al revés como un guante, pero logró abrir su carpeta con la resignación de quien asume con heroísmo su fusilamiento. Comenzó a leer con su vocecita tibia y clara. Todos escuchaban con una inusual inmovilidad; eso le dio confianza para que su lectura fuera más fluida. Cuando se atrevió a mirarlos fugazmente, los encontró con la mirada fija y extraviada. Concluyó la lectura. Prevaleció un pesado silencio. Octavio hizo un ademán para sugerir que alguien hablara, pero nadie se atrevía, hasta que el que acariciaba su cola de caballo se acomodó en el asiento, sacó el cigarro de sus labios y abrió fuego. El comentario fue secundado por el de la gorda de los lentes y ésta motivó la opinión del que se subía las mangas sin necesitarlo; éste despertó el desacuerdo de una de las “intelectualitas”, quien a su vez fue refutada por el del suéter de tortuga y así se desencadenó un tasajo hipócrita con tintes de debate:

—Creo que tu texto es interesante, pero lo que no funciona es...

—Bueno, más bien yo diría que tu personaje está bien construido, pero le falta más vida porque...

—Mira, okey, planteas bien la situación, pero yo la veo plagada de lugares comunes y pues tú podrías...

—Yo siento que iba bien tu narración, pero... lo que no me parece muy creíble es que tu personaje reaccione...

—La verdad es que para mí tu texto destila miel, pero bueno, pues es cuestión de estilos y cada quien puede encontrar su...

—Mmm... ¿cómo te diré?, pues está bien, ¿no?, pero creo que se te cae en la parte donde...

A cada “pero” le era más difícil a Graciela asentir y regalarles sonrisas forzadas, porque su ánimo se iba contrayendo y algo se le hacía nudo en el tórax. Las últimas críticas las recibió con los ojos ligeramente acuosos y una sonrisa imperceptible. Tras un breve silencio entró la voz de Octavio como un hacha sobre la mesa:

—A mí me gustó. Me parece un buen texto: logra atrapar desde el comienzo, tiene fluidez y hay veracidad en la forma en que se cuenta...

Esas palabras se deslizaron desde los oídos de Graciela hacia todo su cuerpo como una caricia violenta que penetró en la boca de su estómago robándole el aliento y arrancándole el alma de escritora para elevarla hacia el Olimpo literario con la ligereza de un globo de gas. Y entonces ya no escuchó más y fue incapaz de escuchar la larga lista de recomendaciones que le medicaba Octavio.

V

Graciela miraba con dulzura las hojas blancas sobre su tocador. Parecían estarla esperando. Sentía una seguridad desconocida que le hacía sentirse ansiosa de tomar la pluma y escribir como si lo hiciera para una amiga muy querida. Tal vez comenzaba a surtirle efecto la sobredosis de lecturas que le había prescrito Octavio, pero quizá era más esa sensación placentera que le causaba el descubrir que la escritura le ofrecía una puerta para salir de su anonimato. Aunque nadie supiera que ella estaba allí, escribiendo en su recámara, tenía la impresión de cobrar un valor para sí misma

que nunca había tenido. Era feliz acompañada de sus hojas, su pluma y sus vivencias. Había iniciado esa curiosa metamorfosis en la que sus recuerdos comenzaban a transformarse en literatura. Su primer relato fue una rebanada perfecta de su vida. Nunca imaginó que aquel lento despeñadero en que fue descubriendo que Sergio tenía “una aventura”, le sería de tanta utilidad para iniciarse en la narrativa. Ella misma se sorprendió de la facilidad con que se había atrevido a contar aquella devastadora experiencia a través de un personaje. Entonces tenía veintiocho años; Sergio llevaba meses comportándose cada vez más distante e irritable. Aún no habían logrado el milagro de la anhelada descendencia y aunque él no dijera nada, con sus espesos silencios la culpaba de su estéril vida matrimonial. La frustración lo exasperaba y cualquier tontería lo hacía estallar. Por algunas semanas estuvo extraño, distraído, meditabundo. Pero, inesperadamente, volvió a portarse cariñoso con ella. Le traía flores semanalmente, le hacía caricias demasiado dulces al llegar del trabajo cuando la hallaba dormida. La lleva-

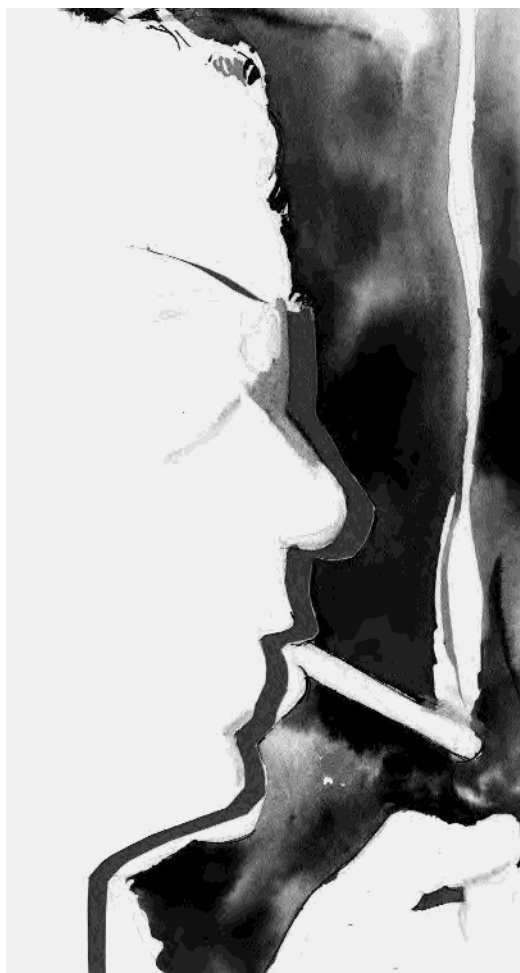
ba otra vez a comer los fines de semana. Ella se maravilló por el cambio: pensó que él había superado su crisis y que, después de todo, aún la amaba. No la quería sólo porque le sirviera para reproducirse. Graciela se dejó consentir por Sergio hasta que empezó a preocuparle el desbordado optimismo de su marido, su vitalidad exacerbada. Se percató de que cuanto más feliz y relajado lo veía, más minutos tardaba en llegar de su trabajo hasta que sutilmente sumaron horas; abundaban los asuntos pendientes que tenía que resolver en el despacho. Entonces pasó de la preocupación a la sospecha y un alfiler le punzaba el pecho durante la espera de toda la tarde que transitaba lenta y pesada hacia la noche. Las compras de ropa con Sergio se hicieron más frecuentes, desproporcionadas y mecánicas. Cuando salía del probador con un vestido para mostrarlo a su marido lo encontraba embelesado, viajando con la mente y casi debía gritarle para que la viera. En realidad ella no deseaba nada de lo que compraba. Aquel alfiler le hizo un hoyuelo en el corazón por el que sentía que su sangre se escapaba en pequeñas



gotas a cada segundo de incertidumbre y se iba quedando sin color. Cuando Sergio llegaba temprano a casa aún le ofrecía su sonrisa desmentida por sus ojos tristes. Una noche en que le iba a servir la cena, sin saber por qué, sus piernas se quebraron haciéndole caer al lado de los platos que se rompieron junto con un llanto que parecía interminable. Sergio no pudo hacerle decir una sola palabra sobre lo que le sucedía, pero soltó un largo monólogo en que iba exprimiendo gradualmente sus culpas y daba muchas explicaciones no pedidas, hasta que descargó de su conciencia la confesión de lo que tantas flores, comidas, bolsos, vestidos, blusas, faldas, zapatos y toda clase de obsequios no habían logrado sepultar. Ahora a Graciela le resultaba inexplicablemente cómodo refugiarse en un personaje para conjurar aquellas pesadillas. Escribir era mucho más catártico que las sesiones de terapia que había pagado durante tanto tiempo a aquel psicólogo morboso, tiránico e incompetente. Se dio cuenta de que habían pasado suficientes años como para ver con cierta indulgencia, y quizá humor, su inocencia de veinteañera tardía y convertirla en literatura. Creía comenzar a entender el doloroso deleite que llevó a su amiga Rosy a escribir.

VI

En el taller se habían desatado comentarios cada vez más despiadados sobre sus textos. En una ocasión, el tipo que se enrollaba las mangas sin necesidad no soportó más y le dijo que su narrativa estaba más cercana a las novelillas que aparecen en las revistas femeninas; esto incitó a que la juez gorda de los lentes le dijera, “sin la menor intención de ofenderte”, que había escrito bajo el más puro influjo de una telenovela. Pero Graciela se sentía menos desprotegida al estar sentada al lado de Octavio. Desde la vez que leyó su primer texto llegaba con puntualidad para ganar su lugar junto al maestro. Allí estaba segura y era casi inmune a las críticas. Sabía que, al final, Octavio intervendría para señalar los aciertos de su texto y ésa era la única opinión que contaba. Las demás eran veneno puro. Al



principio sí le habían causado algunas convulsiones, pero al cabo habían terminado por vacunarla. Así que las guerras civiles podían transcurrir con sus estruendos y cañonazos. Lo único que le importaba era disfrutar los comentarios agrios y eruditos del escritor. Comenzó a sentir agradable el olor de sus bocanadas de humo que al principio trataba de ahuyentar con discretos soplos. Ahora creía que ese humo iba cargado de la lucidez de sus ideas. Con frecuencia, se apoyaba en el cuenco de su mano con la cabeza de lado y dejaba de tomar notas para iluminar con sus ojos la figura nerviosa de Octavio. Y él también parecía sentirse alumbrado por los ojos claros de Graciela, porque con frecuencia buscaba discretamente ese rostro extraviado de admi-

ración y agudizaba la ironía de sus comentarios. Cada vez que le pedía a ella alguna opinión sobre los textos que se leían, su voz se suavizaba ligeramente. A los demás los trataba como fieras que había que dominar con latigazos intelectuales para que no se creyeran grandes críticos literarios. Pero a Graciela la trataba con el mismo paternalismo que le inspiraría una niña linda, cándida y tonta. Esa diferencia en el trato la hacía sentir mimada, preferida, privilegiada. Era por eso que sólo de Octavio había aprendido a aceptar recomendaciones para corregir sus textos y buscaba aplicarlas al pie de la letra. Los comentarios siguieron cayendo como chorros de ácido sobre sus relatos, pero Octavio siempre los protegía y acariciaba con un inteligente comen-



tario que le bastaba a Graciela para recuperar sus aspiraciones de escritora.

VII

Rosario no paraba de hablar mientras manoteaba y movía sus ojos inquietamente. Siempre había sido así. Pero ahora había algo excesivo en sus ademanes. Sólo se interrumpía un instante para dejar el cigarro entre sus dedos y disparar hacia un lado, con sus labios en-

treabiertos, la densa columna de humo. A veces le daba un pequeño trago a su café para mojarse la boca y seguir hablando. Le contaba anécdotas que se correteaban unas a otras, se encimaban, se interrumpían, se tropezaban y chocaban. Hablaba de sus encuentros en las reuniones con escritores, con intelectuales, artistas, editores, periodistas. Le describía cómo fue la ocasión en que conoció a aquella celebridad de las letras:

—Ay, Gracy, si tú lo vieras, es un viejito que se ve muy sangrón y serio detrás de sus lentes, así como muy importante, pero es el hombre más lindo y más ingenio que te puedes imaginar, bueno, conmigo fue una preciosidad.

También le habían presentado a aquella escritora y periodista de quien había leído todos sus libros; Rosario la consideraba su maestra y jamás se perdía una sola de sus columnas dos veces a la semana en el diario:

—No sabes, Gracy, es un encanto de mujer, desde que nos presentaron me abrazó como si nos conociéramos de años y me tomó las manos cuando le dije cuánto la admiraba, bueno, ¡hubo una química! Nos hicimos amigas en instantes—. También había estado en una recepción en la que:

—¡Ay, Gracy! No sabes, yo me sentía una chinche, un don nadie, en medio de tantas estrellas de la literatura, bueno, y es que hay de todo en ese ambiente, Gracy, de verdad: claro que unos son muy payasos, pero otros son de lo más sencillo—. Pero además:

—¿Quién crees que me invitó a la presentación de su libro, Gracy? ¡No te imaginas!

Graciela respondía agrandando sus ojos, parpadeaba para fingir asombro y arqueaba sus cejas delgadas. No había entendido por qué la llamada inadvertida de Rosy, su cordialidad súbita, su invitación precipitada al restaurante donde se reunía con ella cada semana, antes de que se convirtiera en una de esas estrellas de la literatura de las que le hablaba. Pero ahora comenzaba a olfatear algo raro. ¿Qué interés tendría en hacerse brillar tan bruscamente al lado de su inmensa opacidad? Quizá era solamente que no había encontrado a alguien mejor a quien presumir sus incursiones al Olimpo literario y que la hiciera sentir importante y admirada. Y claro, para eso estaba allí siempre la

tontita de *Gracy*, con sus oídos incondicionales y que le había prometido ser siempre su amiga: pasara lo que pasara, nunca la iba a dejar sola. Graciela dejó de escuchar a su amiga y vio a Rosario en esa misma mesa, hacía mucho tiempo, limpiándose las lágrimas y tratando de hacerse la fuerte, pero confesándole que su vida era miserable y fracasada, que hubiera querido ser un hombre como su marido para hacer lo que quisiera, para tener poder y dinero, salir donde quisiera y acostarse con quien se le diera la gana sin el reproche de nadie y seguir siendo exitoso. Pensó en cómo la vida de su amiga, que había dejado a la mitad su carrera de letras para casarse, se había topado nuevamente con la literatura cuando yacía en las profundidades de la depresión, tras su divorcio. No había duda, era cosa del destino que Rosy llegara a ser escritora: la literatura había venido a rescatarla. Además, a ella le gustaba escribir desde chica: le había leído cuentos que conservaba desde la preparatoria y seguía escribiendo clandestinamente en los escasos resquicios de su agitada vida conyugal.

—¡Gracy! ¡Yuhuu! ¡Gracy!, aquí estoy, ¿me oyes?

Graciela se ruborizó un poco.

—Perdón, Rosy, ¿qué me decías?

Rosario la miró con cierta malicia juguetona mientras le daba unos golpecillos a su cigarro sobre el cenicero.

—Que cómo te sientes en tu taller, Grace.

Se le fue el color y su labio inferior se desprendió ligeramente junto con su mandíbula. ¡Cómo era posible

que lo supiera! ¡Cómo se había enterado! ¿Quién se lo había dicho? Le pasó por la mente Octavio, pero él apenas sabía de la existencia de su amiga. Sin que Graciela pudiera decir una palabra, Rosario avanzó:

—Ay, Grace, mi amor, no te preocupes. Pareces una niña, como siempre: crees que haces cosas maléficas cuando sólo son travesuras. Lo que pasa es que ahí está mi amiga Paty, seguro la conoces bien, es una gordita de lentes, un poco malencaradona, pero si vieras qué bien escribe. Bueno, seguramente ya lo notaste, es muy inteligente. Y bueno, pues la otra vez que nos vimos, tú sabes, salió a la conversación inevitablemente lo del taller. Entonces, cuando comenzó a describirte, pues dije: “no puede haber dos Gracielas Fernández con los mismos ojitos azules y tiernos”. Pero la verdad es que me enojé y pensé: “¡ah, no!, cómo es posible que no me lo haya dicho esta niña; eso sí que no se lo perdono”.

Graciela se sintió desnuda en medio del restaurante. Apoyó el codo sobre la mesa y se empezó a morder el dedo meñique mirando hacia la calle, mientras su piel clara se enrojecía severamente.

—¡Ay Gracy!, ¡pero por qué te apenas, mi vida! Si la ofendida soy yo porque no me habías dicho nada. Además es algo maravilloso que te animaras a escribir. Acuérdate: hace años yo te estaba muele y muele que escribieras y tú no te aventabas. De verdad yo siempre intuí que tú tenías dotes literarias. ¡No sabes qué gusto me da, de verdad, amiga!

Graciela trató de sonreírle mientras pensaba en to-



do lo que ya le habría contado esa gorda chismosa y pedante.

—Oye, Grace, créeme, nada me encantaría más que leer un texto tuyo, me dicen que escribes muy bien —imaginaba a ambas riéndose jugosamente de sus narraciones telenovescas—. Oye, Gracy, no me hagas esto, dime algo, por favor... no me digas que no me vas a dejar leer algo tuyo. Me muero por leerte —estaba aún más desconcertada: no podía creer que llegara a tanto la hipocresía de su adorada Rosy—. *Okey*, Grace, te entiendo, estás en la etapa en que te da una pena monstruosa enseñar lo que estás haciendo porque crees que es muy malo. Pero, mujer, así se empieza siempre, por favor... ¡tampoco te me inhibas!

Eso era justo lo que quería hacer su amada Rosy: inhibirla. Algo comenzó a hacer ebullición en su estómago y la única forma de evadirlo fue forzar la sonrisa más amarga que tenía. Entendía por fin de qué se trataba la llamada, la invitación, el café, las anécdotas que le decían “nunca vas a llegar a ser como yo, bobita” y el tiro de gracia al preguntarle sobre el taller. Todo había sido previsto.

—Oye, Grace, mi amor, de verdad: síguele, no te dejes amedrentar por las críticas. Sólo así vas a poder seguir escribiendo. Te lo digo porque así lo viví yo... además, en quién podrías confiar más que en mí que soy tu amiga y te quiero... —Rosy interrumpió sus palabras, sonrió y suspiró profundamente, mientras desviaba su mirada hacia un lugar indeterminado—. ¡Imagínate, Grace! ¡Que las dos fuéramos escritoras!

VIII

El salón estaba aún vacío y Graciela revisaba las hojas cuidadosamente mecanografiadas de su texto; las acomodaba suavemente unas sobre otras y las miraba con ternura. Una oleada de tristeza iba y venía empujándola cada vez más hacia un deseo de llorar que le parecía injustificado. La rodeaban las sillas desocupadas, los ceniceros que pronto estarían llenos y el calor de la tarde. Ésa iba a ser la última sesión del taller y había llegado anticipadamente con la esperanza de hablar

a solas con Octavio de algo muy importante. No podía creer que el taller se acabara tan pronto y sin que ella hubiera aprendido a escribir una novela. Sentía que apenas estaba comenzando a entender los placeres tortuosos de la escritura cuando el tiempo se le había venido encima. Quería hacer algo: no podía quedarse desamparada, sin la esperanza de que pudiera escribir su gran proyecto: reconstruir su vida en una autobiografía disfrazada de novela. Por eso estaba releendo todas esas hojas sin lograr concentrarse. Esperaba que algo milagroso ocurriera. Una imagen se atravesó frente a las líneas de su texto: *Octavio llega al taller sonriendo, como nunca lo ha visto. El salón se siente enorme porque sólo están ellos dos: él la saluda, se acomoda en su asiento, enciende un cigarro, comienzan a platicar sobre cualquier cosa hasta que él fija la vista en su sobre y le pregunta si escribió algo nuevo. Ella enrojece y tímidamente trata de explicar que trae un trabajo un poco extenso que... Octavio la interrumpe para sugerirle que no lea nada en la sesión, la mira con sus ojos de padre severo aunque complaciente y le dice que mejor le dé el sobre y se vean en un café para comentar su texto con calma.* Graciela apretó los párpados que no había cerrado en un largo rato y sacudió su cabeza para tratar de regresar a la lectura. Pero pronto Octavio llegó de nuevo a la sala del taller: *Esta vez está serio y con ojos malignos, como siempre. El salón está helado porque sólo están ellos dos. Saluda fríamente a Graciela mientras se acomoda en el asiento y enciende su cigarro. Platican cualquier tontería para esperar que lleguen los demás pero él ve con insistencia el sobre amarillo y no reprime el impulso de preguntar a Graciela si es un nuevo trabajo. Ella se sobresalta y duda para contestar que sí lo es. Octavio se ríe y le dice que no entiende por qué es tan tímida para mostrar sus trabajos, si son magníficos. Graciela sonríe satisfecha desviando su mirada hacia la mesa y contesta que no es verdad, que escribe muy mal, que no sabe escribir. Él se levanta para sentarse junto a ella y sorpresivamente toma su mano afilada y venosa mientras le dice que es una escritora talentosa, con futuro, que pronto podría estar publicando y que tienen que tomarse un café para discutir ese texto.* Graciela se reprimió con un movi-



miento de cabeza más brusco y se aferró a la lectura para avanzar otras dos líneas, pero Octavio regresa al salón, esta vez mudo y distraído. Se sienta y al encender su cigarro descubre que ella está ahí. Pero no le dice nada, sólo la observa sorprendido y mira las hojas que ella estaba leyendo. A Graciela le palpitan las sienes y mueve los ojos inquieta. Octavio se levanta y camina hacia ella, se detiene y le pasa su mano de gigante sobre la mejilla enrojecida. Se sienta a su lado y comienza a dar un vistazo al texto. Tras la lentísima expulsión de una bocanada de humo la voz de ogro se impone suavemente para decirle que es una estupenda escritora, magnífica. Sin que Graciela se dé cuenta, el helado salón del taller se reduce hasta convertirse en el acogedor rincón de un café donde está con Octavio, escuchando una cátedra de mañás del oficio literario entre espirales de humo; su barbilla se apoya en el puño mientras

lentamente se desliza hasta la solitaria y elegante casa del escritor, donde pasan horas hablando de literatura bajo luces tenues. Las rosadas novelas amorosas son despedazadas por la aguda ironía de Octavio quien, tras un silencio espantoso, mete los labios de Grace bajo la espesura de sus barbas olorosas a tabaco de donde ella no quisiera salir nunca. Un resplandor inesperado asusta a Graciela, que se descubre bajo las luces de reflectores que rodean el enorme salón de arquitectura porfiriana; frente a ella hay una multitud de elegantes desconocidos; algunos parecen intelectuales sobrios o extravagantes; esperan en sus asientos que desde la mesa del presidium, la autora hable de su última novela después de haber sido presentada por su amiga Rosy Belmont y por ese viejito sabio, simpático y de piel rubicunda que la cubrió de elogios. Octavio la mira intensa y paternalmente desde la primera fila. Gracy no tiene más remedio

que extender una sonrisa conmovida y se prepara para agradecer, pero un rumor ronco como la maquinaria de un tractor hizo abrir los ojos a Graciela. Era la voz de Octavio que se acercaba al salón platicando con alguien. Luego reconoció también la voz gangsteril de Paty. Sintió cómo el bochorno encendía su cara y empezó a abanicarse con el sobre amarillo relleno de su inacabada novela. El escritor y su acompañante saludaron a Grace con una ligereza que casi había sido indiferencia, charlaban de algo que los tenía conectados en miradas cómplices. En la piel de Graciela el rubor se confundió con el calor de una rabiosa amargura. ¿Por qué venían juntos?, ¿se encontraron al llegar?, ¿habrían estado en un café?, ¿de qué hablaron? Las preguntas carcomían su cabeza precipitándose hacia el fondo de tortuosas conjeturas. “Claro: esa carpeta que trae Octavio debe ser la novela de Patricia. Puedo jurarlo. ¡Qué lista! Ella sí se atrevió a pedirle su teléfono, hicieron cita para antes de llegar al taller y aseguró la asesoría de Octavio. Pero ¿qué le habrá dicho él al hojear su novela? ¡Me imagino! ¡Si dice Rosy que *su* Paty es muy inteligente, que escribe muy bien! ¡Si Octavio le ha dicho que tiene oficio para el relato policiaco, que sabe mantener el interés y la tensión! Por supuesto: ella no escribe telenovelas como yo. No necesita que alguien la defienda de los ataques a sus textos. ¡No es una estúpida desvalida, incapacitada para escribir!”. Sin que Gracy se percatara, el salón del taller se fue llenando de asistentes hasta que el maniático de las



mangas enrolladas le preguntó si se le había caído el sobre amarillo que acaba de levantar del piso. Ella, asustada, agradeció y tomó el sobre con los dedos temblorosos. Un sudor liviano humedeció su frente. Su mirada se quedó fija en la envoltura amarilla de lo que pensó era un engendro, una deformada y monstruosa criatura. ¿Qué debía hacer ahora con esa cosa que se había atrevido a llamar novela? Sintió el impulso de tirarla allí mismo al cesto de la basura y salir huyendo del lugar. O, mejor aún, podría sacar las hojas del sobre y romperlas enfrente de todos en un ritual diabólico de rebelión absoluta a la literatura, y decirle a esos engreídos sanguinarios que no le interesaba en lo más mínimo ser escritora. En ese instante la voz de Octavio irrumpió en las charlas informales para iniciar la sesión:

—Bueno, ¿alguien quiere leer sus avances?

Cuatro manos se levantaron de inmediato y el escritor asignó turnos. Una callada ansiedad invadió a Graciela. Quizá ésa era su última oportunidad de mostrarle algo a Octavio. Pero una pegajosa amalgama de orgullo, vergüenza y hastío le impedían levantar la mano. Además iba a ser la última en intervenir y quizá ni siquiera alcanzara el tiempo para que leyera. Si por lo menos Octavio viera su sobre y le preguntara “¿Tú no nos vas a leer algo, Graciela?”, pero sabía que eso jamás ocurriría. Sintió cómo su cuerpo se petrificaba mientras uno de sus compañeros leía con una voz audaz y contundente un relato que atrapó en el silencio a todos. “Ésa sí

Real de Catorce, la urbe azul

Roberto David Torres Hernández

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES ACATLÁN, UNAM

*Esta noche oriental eterna, toserán nuestros tuberculosos pulmones
sobre la inmaculada faz de la Tierra.
Entraremos en las habitaciones de las púberes doncellas,
y les cantaremos al oído poemas sucios e insensatas odas...*

José Cruz

“**H**e aspirado el humo persa, navegando en un vapor...”. La tremenda voz de José Cruz ruge con potencia, inundando en su plenitud el espacio contenido dentro del Metropolitan. Su voz (poderosa, tremenda, drogada voz) viene rugiendo desde hace poco más o menos dos horas, enloqueciendo a la banda, abriendo y cerrando floridas ventanas con su palabra, colándose sutil —como la esencia misma del blues— por en medio de las notas que con vulgar maestría interpretan sus compañeros e invitados, cimbrando en lo más remoto de los cimientos del viejo teatro, pero, sobre todo, imponiéndose con crueldad maestra y abrumadora sobre los gritos de cientos de gargantas que corean “La venenosa” o “Me miraba a los ojos”. A estas alturas, la noche se ha puesto acogedora, hospitalaria y fraternal; nos abraza con cercanía de hermana incestuosa. A estas alturas la muerte y el sueño se han disipado en medio de la noche omnipresente, de la noche de cálido azul; Real de Catorce está en concierto.

Para hablar de Real de Catorce no es necesario mencionar que es, y ha sido en definitiva, la banda capaz de reivindicar el papel del blues como punto de partida de gran parte de la música que ha nutrido a más de tres generaciones de conciencias globalizadas al estilo de Occidente. Tampoco es necesario decir que se trata de una banda absolutamente *defequeña* (*defectuosa* diría el Rockdrigo¹), capitalina hasta



¹ Rodrigo González, mejor conocido por la banda como *el Rockdrigo* o *el Rockdrogo*, immortalizado bajo el finísimo seudónimo de “El Profeta del Nopal”. Se le reconoce universalmente como el creador del estilo *Rupestre* en el rock, y como uno de los principales impulsores de una corriente nacional, la que se desliga de la responsabilidad de seguir los cánones impuestos por las bandas extranjeras, para crear un estilo propio de nuestro país. Sus discos mas reconocidos son *Hurbanistorias* y *El Profeta del Nopal*. Murió en 1985, a causa de “un pasón de cemento”, al desplomarse el edificio en el que vivía durante el terremoto de septiembre.

N. de la E. Agradecemos a Rodrigo Farías y Magdalena González, representantes de Real de Catorce, su apoyo para la ilustración de este texto.



Fotomontaje de Domingo González

los huesos; una banda chilanga compuesta por espíritus plenamente chilangos, moldeados a las formas seductoras de esta gran urbe, acostumbrados a buscar direcciones inexistentes en medio de las calles oscuras de nuestra ciudad.

También está por demás hablar acerca de la tormentosa carrera de José Cruz como poeta tapatío; sobra contar las miles de historias que desarrollan sus personajes, las interminables mujeres que han pasado por su vida, dejando sólo melodías insinuadas en su corazón como única prueba de que en realidad existieron alguna vez. De él sólo necesitamos saber que se fugó de casa a los quince, que desayuna sedantes y que se enamoró de su hermana mayor, que no tuvo una guitarra entre las manos sino hasta los diecisiete y que ama los negligés de seda negra.²

Baste, para hablar de Real de Catorce, aceptar las palabras que nos obsequian como epígrafe (¿o acaso como epitafio?) de su primera producción, aceptarlas como el único dato biográfico que con certeza conocemos:

² Datos mencionados por el autor en la canción “El blues del atajo”.

Nos gusta beber y torear autos; llenar de blues la noche.
 Amar a mujeres desconocidas, refrnos de la vida
 con una luz de bengala en cada mano.
 Atrapar las palomas de la muerte,
 y clavetearlas en el manto rojo del crepúsculo.

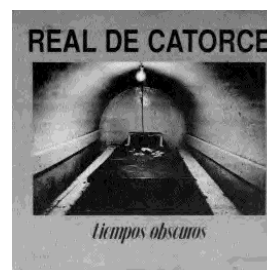
Solemos besar a nuestras novias antiguas,
 y después compartirlas con calor.
 Tememos que este asunto termine de pronto,
 y nos pesque desnudos,
 una tarde sin Dios...

...Somos hijos descarriados,
 hijos buenos y tristes,
 moldeados por una resaca de
 sesentaiochos, Beatles y terremotos;
 sin posibilidad de lazar estrellas o
 dejarnos mojar por chisguetes de luz
 invernal...³

José Cruz

De ahí en fuera, de ahí para adelante, cualquier duda, cualquier cosa que se quiera saber acerca de la banda deberá investigarse por vías más bien etéreas; será necesario viajar un par de horas en tren, caminar desnudos bajo el alba del desierto, preguntar a los cactus, interrogar a las serpientes borrachas, buscar debajo de las piedras de la zona más árida de San Luis Potosí, tal vez (sugeriría Castaneda) no estaría de más visitar a don Juan, investigar qué nos puede decir al respecto.

Real de Catorce es más que un grupo de blues independiente en medio de un país lleno de dependencias, Real de Catorce es la esencia de algo que no alcanzamos a asir con palabras, algo que sólo puede construirse y comprenderse por medio



³ Poema publicado en el disco *Real de Catorce*. Discos Pueblo, distribuido por Fonarte Latino, México, 1986.

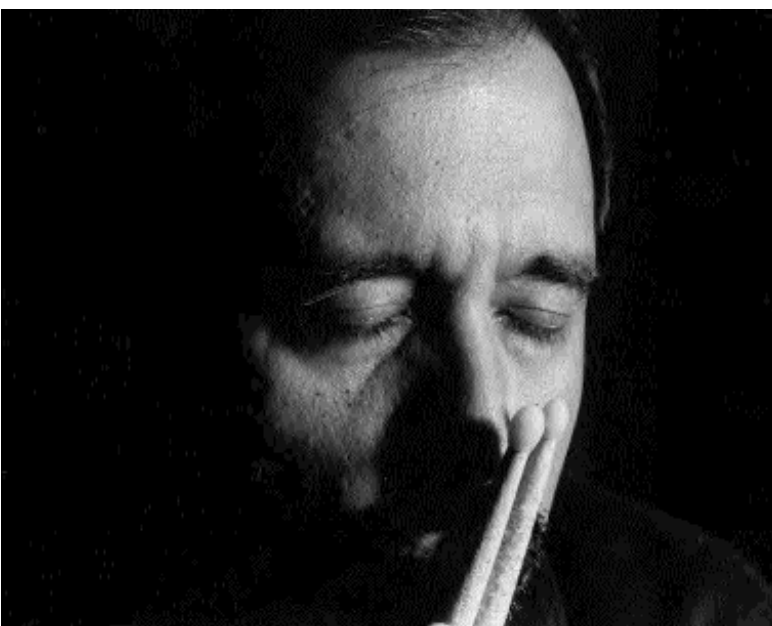
de la mágica fusión de sonidos que es su música. Real de Catorce es ese sentimiento, esa extrañeza e incomodidad, la sensación de estar fuera de lugar; de no entender el mundo... de desear que se haga polvo... Real de Catorce es esas ganas de llorar en silencio y con los ojos secos: de dormir. Es el deseo imperante e imperitante de encender el cigarro y dejar que se consuma solo en medio de nuestros dedos; nuestra generosidad de solaparle el suicidio antes de consumir por nuestras propias manos su asesinato. Ese antojo de sentir cómo fuma el viento.

La noche transcurre con desenfado, todos nos movemos al ritmo de “Agua con sal”, vociferamos la letra de “Anforita de blues” (una de mis preferidas, debo confesarlo), y de “El Ángel”. Ya no se trata de cientos de voces —o quizá miles, no sabría decirlo, el teatro está a reventar pero desconozco su capacidad— coreando los éxitos de su banda predilecta. Hoy, y tras seguirle la huella durante casi dos déca-

das a la banda, resulta que nos miramos unos a otros, en medio de la catarsis, y nos reconocemos los unos en la mirada de los otros, resulta que a fuerza de estar vibrando bajo los mismos acordes, reconocemos en el vecino inmediato nuestros miedos, nuestras ansias y todas las pasiones que nos han traído esta noche, desde puntos tan distantes, a participar de las mieles que la banda nos regala en forma de notas. Resulta que ya no se trata de cientos ni de miles de voces gimiendo al unísono, de pronto nos damos cuenta de que en realidad se trata de una sola voz, una sola ansia y un solo ímpetu blasfemando con múltiples tonalidades...

Me relajo mientras me dejo caer en el asiento catorce (hermosa casualidad) de la fila dieciséis de la Preferente A —vaya necesidad de los organizadores por hacer todo lo posible en aras de que uno no encuentre nunca su asiento—. Descanso un momento después de haber explotado

Fernando Ábrego, batería
Foto: Domingo González



durante no sé cuántas canciones seguidas, me viene a la mente la imagen de mi propio cuerpo exhibiendo facciones de desesperación en medio del mortal embotellamiento de la Gustavo Baz Prada (vengo desde el norte de la ciudad), apenas unas pocas horas antes. Pienso en los apretones de la multitud informe en la estación Hidalgo, en la corretiza propinada por un par de “chavos de la calle” (término de extrañas pretensiones de refinamiento, y de asquerosa corrección política con el que les ha dado por autodenominarse últimamente), y en las serias mentadas de madre que me obsequiaron mis compañeros cuando creí haber perdido los boletos. Pienso en todo ello de bulto, de manera casi instantánea, y sin hacer distinciones suficientemente claras entre un recuerdo y otro; pienso en ello mientras una voz de áspera sensualidad femenina se abre paso en medio del tumulto de sonidos (comienzan a ceder los vulgares piropos encendidos por el hermoso escote y las deliciosas piernas de Magos Herrera, invitada especial), pienso en ello y concluyo (con el deseo acorralado bajo la falda de Magos) que todo ha valido la pena.

Un olor amigable se cuela hasta nosotros desde los asientos vecinos. Creo reconocerlo; creo, de hecho, recordar gratos momentos en su compañía. Una sonrisa se posa en mi rostro sin que pueda evitarlo; la duda ha sido confirmada... la seguridad en el recinto de la calle Independencia no es precisamente lo que se llama infalible...

En el escenario José Agustín se revienta uno de esos cuentitos cortos que tan bien le salen, aprovecho el receso y me balanceo entre mi asiento y el asiento trece de la fila trece para arrojarme hacia los compañeros de un par de asientos hacia la derecha, casi con la misma espontaneidad con la que me arrojé sobre el poeta la primera



José Cruz, voz, letras
Foto: Domingo González



Julio Zea, guitarra
Foto: Domingo González

vez que bajó del escenario y se alejó entre los pasillos iluminado por un reflector rojizo que le producía un halo como de poeta maldito. Toco en el hombro de un tipo fornido con cabello largo y rizado, él volteo y me apunta directamente con sus ojos teñidos de crepúsculo. Le pido que “la role”, él me mira como intrigado por mi inusual aparición en su vida, “pa’la banda” insisto. Pienso en justificarme de alguna forma, pero ante mis ojos, sus gruesos labios rotos dan un jalón interminable a la punta de un rollo seco envuelto por papel arroz. Se separa el churro de la boca, y un hilillo de materia verduzca se le queda entre los labios asemejando el vello púbico de un ángel. La ceniza cae en rojo vivo sobre la leyenda *Real de Catorce: De cierto azul* que versa en su playera. Extiende su brazo hacia mí, desplegando una serpiente que se enrolla al sol,

tatuada en intensos colores sobre su brazo. Por un momento hace sentir ridículo al gato que mi novia dibujó con una pluma cualquiera en mi mano mientras hacíamos fila en la puerta del teatro.

Regreso a mi asiento, ya José Agustín va camino a su refugio en el fondo del teatro, aprovecho el escándalo para ponchar el primer toque y rolar la bacha a mis compañeros, el tipo de los cabellos rizados y las serpientes devorando sus brazos parece haberse disipado en medio de la masa humana que nos rodea. “Se vio chido el compa”, pienso, aunque en realidad no me sorprende en lo más mínimo que haya compartido de su cosecha, después de todo no podía negárnosla, no tenía cómo ni por qué negárnosla. En el momento en que entramos al concierto, todos aceptamos de forma tácita ser uno con los demás, al menos durante las próximas horas, en ese momento no había nada que cada uno de nosotros no hiciera por el sujeto a su lado, sin importar que jamás le hubiera visto. En ese momento todos navegábamos

juntos y asidos a las manos de la desesperanza, en ese momento todos habitábamos el mismo naufragio. La música nos jalaba y nos reunía; nos hermanaba, existía una fraternidad que no puede explicarse en términos de todos los días. Una sensación que habita en cada uno de nosotros y nos lleva a rendirle culto, instaurarle un templo en algún punto del desierto humano que habitamos, en lo mas profundo y abandonado de nuestras calles... Eso es Real de Catorce...

Eso es Real de Catorce —pienso medio muerto mientras siento cómo la alquimia del humo se filtra por cada una de mis venas—, silencios cantados por la voz de una armonita⁴, notas improvisadas por el caminar sobre algún pueblo empedrado, sonidos todos, arrancados de algún lugar, de algún tiempo, de alguna historia de amor apagado o de algún cuento infantil, sonidos que llegan de todas partes de la vieja Persia o del Tepeyac, sonidos que caen en el momento exacto, como engranes embonando para dar movimiento a la maquinaria del ensueño... Las canciones de Real de Catorce caminan despacio; agonizan lentamente, como las estrellas, como el agua en el desierto, como la ciudad; como esas calles que reptan, se tuercen y hasta cambian de nombre antes de atreverse a morir; como las estepas áridas y la ciudad; como un niño... Como cada uno de nosotros...

Retumba “Azul”, música de dioses celosos y olvidados, himno de una generación de desesperados cazadores de lluvias, la primera canción de la banda que la mayoría de los presentes escuchó. Retumba y el Metropolitan se llena como nunca en toda la noche, lo llena un fervor, una sutil y moribunda fe que sabemos que nunca terminará de morir. Hay en el ambiente una verdadera comunión, un auténtico carácter de festividad religiosa. Y no creo que se deba precisamente a la fecha —por cierto, aún es 12 de diciembre de 2003—, más bien se trata de una nueva fe, una religión criminal y lasciva, eucaristía de mota, sangre y bohemia: “La iglesia de los indigentes de los últimos días” podríamos bautizarla...

“Azul, azul... y en sus ojos refleja un hilillo de luz/ su vestido perlado de noche, y el cigarro encendido en un beso carnal...”. Me rehúso a aceptarles la



⁴ Armonita es el nombre que la banda urbana le da a un fósil sólido de un negro opaco que conserva inscrita la forma de un caracol. Desconozco su nombre científico (desconozco incluso si posee algo parecido), pero sé que es uno de los principales emblemas de Real de Catorce.



José Cruz
Foto: Fernando Aceves

despedida —todo el teatro se rehúsa, y en medio de la canción ya se escuchan los tradicionales “otra, otraotraaaa” y “culeeeeeeroooo”, pero creo que es justo. Estamos bordeando la medianoche y los integrantes de la banda ya nos han contado todo lo que dos amigos pueden contarse durante dieciocho años. Nos han enterado acerca del Rey del Swing, acerca de sus propios amores y hasta de sus andanzas de corte gay. Ahora sabemos que Susy no para de beber, que no se puede estar un minuto sin tocar; sabemos que amanecen envueltos en llanto tras buscar las flores que no crecen en el pavimento, que les desagrada el mundo tanto como a nosotros, y que lo disfrutaban igual. Nos han contado acerca de su nacimiento —un día lluvioso de noviembre— y hasta del importe que pagan por la renta. Incluso en algún momento se pusieron politicones y mencionaron algo acerca del asesinato de Manuel Buendía.⁵

“...esas sombras que besan y luego se van./ Una fotografía.../ una línea en la mano que quiere borrar...”. La masa uniforme que somos calla expectante, nos convulsionamos de un lado para otro como un solo cuerpo oscilando las caderas. José Cruz calla. Sabe que esperamos el remate que le hará a la canción (ya que siempre cambia), nos mira silenciosos y agitados, apuesto a que le recordamos el cuerpo ansioso de alguna amante postrada sobre la cama, suspira y finalmente lo suelta junto a Magos: “Bésame... bésame mucho...”. Todos explotamos en júbilo... levantamos las manos en señal de triunfo... saltamos, gritamos y maldecimos; levanto a mi mujer por la cadera y le planto un beso en la primera aglomeración de carne que se me acerca.

“Gracias, muy buenas noches... nosotros somos Real de Catorce... Hasta luego...”. Una noche de certidumbres, se han confirmado las dudas; es cierto, plena

⁵ El tema “Suenan los vientos” hace referencia al asesinato del prestigiado columnista y está dedicado a su memoria. Las referencias a los temas anteriores se incluyen en las canciones (que nos hicieron el favor de interpretar) “El Gárgaras”, “My Susy”, “Medicina”, “Me miraba a los ojos”, “Lobo”, “El blues del atajo”, “Pago mi renta con un poco de blues”, “Pájaro loco”, “Mujer sucia”, “Un mediodía triste” y “Pacios de cristal”. Esta última siempre la renuevan en concierto, y en esta ocasión nos dejaron sentir su apartidismo: “Los muchachos rebeldes se murieron de alcohol, agarraron sus trapos y se fueron de aquí. No cambiaron el mundo ni incendiaron el sol, mucho menos ahora estos niños del PRI... del PRI, del PAN, del PRI, del PAN, del PRI, del PAN, del PRD... todos son la misma mierda...”.

y dolorosamente cierto, eso es Real de Catorce, esa fe que retumbó toda la noche en el Teatro Metropolitano de nuestra capital, que nos agobia y nos destroza pero que nunca va a morir: mientras haya tardes rojizas, mujeres negociando sus carnes bajo algún farol... mineros con caras sucias y vasos rotos a la luz de una mañana, mientras la urbe crezca, Real de Catorce estará ahí... al menos hasta que nos trague el desierto.

Salimos expulsados del teatro como marido y mujer del Edén —y ahora que lo recuerdo, ¿qué hago afuera del Edén?⁶—, la madrugada de la calle Independencia nos recibe con sus gélidos dedos envolviéndonos. Pasa ya la medianoche; surgimos de los vestíbulos como de una madriguera, nos disipamos como “pandilla, como la marea de un mar iracundo” por las calles de la ciudad; nos dirigimos a todos lados; a la nada, a tomar por asalto las calles de esta urbe azul grisáceo, a “empañar de rojo los muros” que aún no hayan entendido que tienen que caer y aplastarnos. Nosotros caminamos hacia Balderas (si “la venenosa” no me engaña, me acompañan mi hermano y mi novia, los mismos dos compañeros con los que ingresé al teatro). Es viernes y es uno de esos días festivos que son más oficiales que los oficiales. Lo más probable es que no encontremos ninguna estación en servicio. Tendremos que esperar el alba agazapados, tirados al costado de una estación del metro, o bien veremos la mañana despuntando debajo de algún puente, envueltos en la sección de política del jueves 11 de diciembre, o buscaremos la calle Santa Veracruz y el callejón a espaldas de Soto, en busca del amparo de un tío mitológico. A decir verdad, es casi seguro que las hadas de la hora mas fría nos pescarán toreando autos en Periférico Norte; discutiendo las cifras de la hambruna mundial mientras nos paseamos descalzos enfrente de Plaza Satélite. Puede que nos sentemos frente al verdoso amanecer, a imaginar que hay gigantes fumaderos de opio en las chimeneas de la zona industrial de San Bartolo. No importa dónde nos amanezca, dónde nos agarre la muerte o qué diablos tengamos que fumar el resto de la noche. Las orgiásticas fumarolas de nuestro ensueño nos dicen que la noche, que Real de Catorce, ha valido la pena... Después de todo, esta noche todos aspiramos de ese humo persa... 



Julio Zea
Foto: Fernando Aceves

⁶ En “El Ángel”.

El mundo raro de Quim Monzó

Víctor Cabrera

Quim Monzó
El mejor de los mundos
 Anagrama, Barcelona, 2002



El de (Joa)Quim Monzó (Barcelona, 1952) es el universo atípico desde el que, cada tanto, caen a la tierra de las novedades literarias uno o dos especímenes de esos que Rubén Darío denominó “los raros”. Autores —en un principio— marginales, olvidados por las listas de *best sellers* y reacios a las esquematizaciones académicas. Escritores que “nos enseñaron y enseñan a (re)leer, y cuando los recuperamos de otras épocas, nos iluminan respecto a cómo domar lo contemporáneo”, como ha escrito el ecuatoriano Wilfrido H. Corral en una rara “¿Teoría de los raros?”¹. Y para domar lo contemporáneo hay que serlo plenamente. La rareza de estos autores consiste, entonces, en asumir su contemporaneidad —su singularidad, su originalidad, su extravagancia— a pesar —y sobre todo en contra— de cánones, modas y tendencias imperantes. Si lo raro es lo ralo, lo “poco numeroso”, lo infrecuente (Corominas *dixit*), en la historia de la(s) literatura(s) los raros brotan como una anomalía. Son, en el Jardín de las Bellas Letras, la hiedra ponzoñosa.

En el caso de Monzó se trata de una anomalía muy particular: su narrativa, inserta en la mejor tradición del cuento contemporáneo hispanoamericano, ha sido escrita en catalán. Quim Monzó abreva en esa tradición y, a su modo, la renueva al mismo tiempo que se incorpora —y acaso la refunda— a la tradición del relato en Cataluña. En él —en sus cuentos— se hacen visibles los fantasmas de Max Aub y de Ramón Gómez de la Serna, de cierto Borges y del Bioy más puntilloso, de Cortázar decantado de su rémora ideológico-panfletaria o de un Julio Ramón Ribeyro puesto al día. Esos, por sólo mencionar ciertas rarezas.

Él mismo traductor a su lengua de otros *freaks* (en algún momento de la historia literaria) como Truman Capote, JD Salinger, Mary Shelley o Ray Bradbury, en *El mejor de los mundos* —su mundo absurdo, grotesco y abigarrado— Monzó acomete una empresa acaso más ardua: reinterpretarse él mismo en su otra lengua. Y

¹ Wilfrido H. Corral, “¿Teoría de los raros?”, en *Paréntesis*, año 1, núm. 8, marzo 2001, México, pp. 8-13.

el resultado, se adivina por la exactitud con la que fluyen estas “versiones” castellanas, es impecable. Es precisamente la exactitud, una de las cualidades propuestas por Italo Calvino para la narrativa de nuestro milenio incipiente, la mejor virtud de Quim Monzó. En una época en que cierta narrativa tiende a demorarse en detalles superfluos, chistosos o pretenciosamente cultos, la de Monzó fluye porque en ella nada sobra. Monzó arma sus cuentos con la precisión del dinamitero que construye una bomba de palabras: cada detalle, cada elemento narrativo, está diseñado para explotar en el momento justo.

Quien se haya acercado previamente a la obra de Joaquim advertirá inmediatamente en este título el dardo envenenado de la ironía; bastará leer un par de cuentos para que, quien lo hace por primera vez, ingrese a ese mundo “ideal” en el que, por ocultar una verdad inobjetable como la muerte, un chico pasea con la momia de su hermano o, al revelar otra que sólo es un absurdo malentendido, un pequeño “hijo de puta” desencadena un drama familiar. Precisamente la familia ocupa en esta colección de cuentos un sitio central: aquejado por el cáncer o por el tedio, el núcleo familiar se revela como una utopía amarga, la paternidad como un entorno reservado para la frustración, y el matrimonio como un perpetuo y mutuo sabotaje.

A mitad del libro, entre las dos secciones de cuentos que lo integran, se incluye la *nouvelle* “Ante el rey de Suecia”, relato delirante y genial del poeta Amargós, sempiterno candidato al Premio Nobel quien, en una absurda sucesión de causas y efectos, para hacerse acreedor al galardón tiene que enfrentar una serie de vicisitudes habitacionales-vecinales-emocionales que terminan por, literalmente, encogerlo.

Si *Ochentaiseis cuentos* (la colección de sus libros de cuentos previos reunida en 2001 por Anagrama) es el testimonio del aprendizaje y el dominio paulatino del oficio narrativo del autor, *El mejor de los mundos* es la confirmación definitiva de Quim Monzó como un indiscutible maestro del género. 

